

A person is kneeling on a sandy beach, their hands clasped in prayer. The scene is captured at sunset, with a warm, golden glow from the low sun on the right. The person's shadow is cast on the sand. The overall mood is one of peace and devotion.

ALEJANDRO
Bullón

FUERZA
PARA VENCER

A CONOCER
Jesus
ES TODO

CONOCER A JESUS ES TODO

Estaba muy alejada de Cristo, pensaba que no me quería, que me había abandonado. Hoy sé que estaba engañada y que él me ama, de modo que, ¿cómo podría dejar también de amarlo? –*Livia de L. Souza. Itabuna, Bahía, Brasil.*

Aprendí de manera simple, asuntos que antes eran muy complicados para mí. –*Gisela Dilo, IASP, Campinas, San Pablo, Brasil.*

CONOCER A JESUS ES TODO

Conozca la verdadera fuente de poder

ALEJANDRO BULLÓN

ASOCIACION PUBLICADORA INTERAMERICANA

Titulo del original en inglés: Crist's Way of Reaching People. R&H Publ. Assn., Hagerstown, MD, E.U.A., 1990. Existe una edición en castellano de la DSA de la IASD.

Editado por:
ASOCIACIÓN PUBLICADORA INTERAMERICANA
2905 NW 87th Avenue
Miami, Florida 33172
Estados Unidos de Norteamérica

ISBN 1-57554-101-7

Impresión:
Stilo Impresores Ltda.
Calle 166 No. 39-60 P.B.X. No. 6703927

Índice

INTRODUCCION	9
CAPÍTULO 1. FUERZA PARA ELEGIR CORRECTAMENTE.....	13
CAPÍTULO 2. FUERZA PARA ENCONTRARME A MÍ MISMO	21
CAPÍTULO 3. FUERZA PARA AMAR.....	29
CAPÍTULO 4. FUERZA PARA CREER.....	39
CAPÍTULO 5. FUERZA PARA CAMBIAR	53
CAPÍTULO 6. FUERZA PARA HACER AMIGOS.	63
CAPÍTULO 7. FUERZA PARA ALCANZAR LA PERFECCION	71
CAPÍTULO 8. FUERZA PARA PRESERVAR LA AMISTAD.	81
CAPÍTULO 9. FUERZA PARA ALCANZAR LA FORTALEZA	89
CAPÍTULO 10. FUERZA PARA HABLAR.	95
CAPÍTULO 11. FUERZA PARA UNIR.....	101
CAPÍTULO 12. JESÚS, FUERZA PARA VENCER, LA VERDADERA FUENTE DE PODER.....	111

Introducción

El diálogo con cientos de jóvenes y las numerosas cartas que constantemente recibo, cual dramáticos lamentos de almas angustiadas, es lo que me animó a escribir este libro. Trataré de expresar en las siguientes páginas aquello que trajo paz y alegría a mi corazón.

He llegado a la conclusión de que, por lo general, el joven cristiano no logra ser feliz porque no entiende quién es Jesús, ni lo que hizo por nosotros, ni cómo podemos andar con él. El joven sabe todo lo que debe y lo que no debe hacer, pero no alcanza a vivir a la altura de las normas que conoce. Vive angustiado por sus constantes errores. Hay una fuerza misteriosa en su interior que lo empuja a hacer todo aquello que no quiere hacer. Un fracaso sucede al otro y es, entonces, cuando aparece aquella voz mortificante que le dice: "No vales nada, nunca lo conseguirás. ¿Qué pretendes viviendo esta vida hipócrita que vives? Lo mejor que puedes hacer es dar rienda suelta a tus deseos".

¿Cuál es el final de esta historia? El joven se "libera" definitivamente, porque supone que es lo más honesto de su parte, en lugar de vivir lleno de frustraciones y fracasos, padeciendo la infelicidad de una vida sin sentido, sonriéndole a todo el mundo, pero llorando por dentro. Y lo peor de todo

es que, con el tiempo, puede llegar a habituarse a ese tipo de vida, aceptándolo como normal. La voz de Dios puede extinguirse lentamente, quedando el joven perdido para siempre, aunque pertenezca a una Iglesia.

Este libro fue escrito para ti, mi querido joven. Fue escrito con algo más que tinta, con amor. Mi ministerio se desarrolló durante años al lado de los jóvenes, conversando con ellos en los más diversos lugares, en campamentos, cerca del lugar de la fogata, debajo de los árboles, en el campo de deportes, en la Iglesia, en la oficina, por la mañana, a la tarde, y a la noche. Años y años en que oí las alegrías y tristezas, las victorias y derrotas de los jóvenes, me impulsaron a escribir estas páginas.

Mi mayor preocupación al escribir este libro no es el estilo literario, eres tú. No es la pureza de la lengua de Cervantes, es hacerme entender por ti. Esa es mi única preocupación. Lo escribí en la misma forma en que tantas y tantas veces hablé con otros jóvenes en campamentos, retiros y reuniones de oración, pensando en ayudarte, porque tu drama fue mi drama durante años, y porque conozco perfectamente lo que significa sentir aquella angustia de saber todo lo que otros, incluyendo la iglesia, espera de uno, y no conseguir satisfacer esa expectativa.

Pero escribo, sobre todo, porque un día descubrí a Jesús como mi gran amigo y aprendí que la vida cristiana, aunque incluye la experiencia de vivir prestando atención a las leyes y normas, es más que, simplemente, eso. Descubrí que, aunque

también es eso, es mucho más, que la vida cristiana es hermosa: andar cada día con Jesús en una sublime relación de amor.

A través de estas líneas y desde el fondo de mi ser, quiero ayudarte a conocer mejor y a tomarte de la mano de esa persona maravillosa que llenará tu vida de paz y de felicidad. Porque, al final de cuentas, conocer a Jesús es todo.

ALEJANDRO BULLON



FUERZA

**para elegir
correctamente.**

Perdido dentro de la iglesia.

Entró en mi oficina sin llamar y se sentó en la silla que había enfrente de mi mesa. Transpiraba. Era evidente que estaba nervioso.

"¡Pastor, estoy perdido!", dijo sin rodeos. Apenas tres palabras. Ciertamente, no es necesario decir más palabras para describir la tragedia de una persona en conflicto.

Conocía bien a aquel joven. Habíamos trabajado juntos muchas veces ideando programas para los jóvenes.

Ahora, allí, con los ojos lagrimeantes, repetía:

"¡Lo puede creer, pastor, estoy perdido!"

Y entonces, con voz entrecortada por la emoción me contó su drama:

"Soy cristiano de nacimiento. Todos creen que soy un buen cristiano. Mis padres creen que soy un hijo maravilloso. Los hermanos de la iglesia piensan que soy un joven consagrado. Y hasta me nombraron dirigente juvenil. Muchas veces oigo a los padres decir a sus hijos: 'Me gustaría que fueses como aquel joven'. Todos creen que soy un cristiano modelo, pero no es verdad, pastor, soy un miserable. Acabo de hacer algo horrible, y no es la primera vez que lo hago. Hasta tuve ganas de morir. Yo no soy lo que todos piensan que soy".

Traté de decir algo, pero él me interrumpió: "Yo no quiero ser así, pastor. Quiero ser un cristiano de verdad, pero no lo consigo. He luchado muchas veces, me he esforzado, pero siempre termino derrotado".

Me dolía verlo de esa manera.

"Usted está chasqueado conmigo, ¿verdad?", me preguntó después, con ansiedad.

¿Chasqueado? Lo que sentía era un nudo en la garganta. Traté de esconder mi tristeza, mi dolor, porque en realidad el drama no era solamente de aquel joven. En ese momento tenía en mente a muchos otros jóvenes de mi Iglesia, y hasta es posible que aquella tarde hubieses podido estar tú sentado también en aquella silla.

"¡Pastor, estoy perdido!" ¿Perdido? Sí, dentro de la Iglesia y, sin embargo, perdido. ¿Es posible estar dentro de la Iglesia y estar, al mismo tiempo, perdido? Lamentablemente, sí. Existen los que, como en el caso de aquel joven, están perdidos haciendo lo que no deben cuando nadie los ve, pero existe también otra clase de perdidos: Aquellos que hacen todo correctamente, que cumplen aparentemente todo lo que la Iglesia demanda; que viven preocupados solamente por los detalles externos de los reglamentos y las normas, pero que están igualmente perdidos.

Me acuerdo del joven rico. Era un joven como cualquier otro de la Iglesia de nuestros días. Quizá los líderes de su congregación estaban demasiado preocupados con las normas, las leyes y los reglamentos. "No puedes hacer esto", "No puedes hacer aquello", "Hacer eso es pecado", "Hacer aquello también es pecado". Quizás aquel joven creció con un concepto equivocado de Dios, imaginándolo sentado en su trono de justicia, dictando reglas, con rostro serio y la vara en la mano, listo para castigar al desobediente.

Desde pequeño sus padres y maestros le habían enseñado a cumplir fielmente todas las normas. Eran líderes preocupados sólo con la imagen de la iglesia. Actualicemos un poco la historia: Si, por ejemplo, una señorita apareciera vestida en forma inconveniente, llevarían el problema a la junta de la iglesia; la

joven, como ama a su iglesia, dejaría de usar esa ropa y todos en la iglesia quedarían contentos, sin preocuparse por lo que pasa en el fondo del corazón de la joven. Lo que les importa es que ella cumpla la norma, que sea un buen miembro de iglesia. Y el joven rico aprendió, de ese modo, a cumplir externamente todas las normas y leyes.

Aparentemente era un joven de buen comportamiento, activo en la iglesia, participaba de los programas y cultos, podía ser señalado como un joven ejemplar; pero allá en el fondo alguna cosa no andaba bien. No era feliz, tenía la sensación de que estaba perdido a pesar de cumplir todo.

Cierto día anunciaron la llegada de Jesús a su ciudad. La historia aparece registrada en el capítulo 10 de Marcos. Los fariseos, siempre preocupados por los detalles de la ley, fueron los primeros en salir a enfrentar a Jesús: "¿Le es lícito al marido repudiar a su mujer?" "¿Es pecado cortarse el cabello?" "¿Es pecado orar sentado?" "¿Es pecado tener un salón para actividades recreativas al lado del templo?" "¿Es pecado ir a la playa?" El Señor Jesús no se detuvo mucho tiempo a discutir con ellos. Se dirigió hacia donde estaba un grupo de niños, puso sobre sus rodillas, les acarició la cabecita con amor, y besó aquellas caritas inocentes.

El joven rico quedó emocionado al ver aquella escena. Nunca se había imaginado que Jesús pudiera ser capaz besar y hacer un cariño. Esa no era la imagen que se había formado acerca del Hijo de Dios. Por primera vez en su vida sintió el deseo de abrirle su corazón a alguien. Corrió cuando Jesús estaba saliendo ya de la ciudad, se arrodilló delante de él, y dijo: "Buen Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna?" En realidad, lo que estaba diciendo era: "¿Qué tengo que hacer para ser salvo? Siento que estoy perdido. No tengo seguridad de la salvación". ¿Por qué se sentía así? ¿No era, acaso, un buen miembro de iglesia? ¿No cumplía todas las normas? ¡Ah, amigo mío! cumplir sólo

externamente los mandamientos nunca fue sinónimo de salvación. Ser, en apariencia, un buen miembro de la iglesia no quiere decir estar salvo. Es posible, en cierto modo, obedecer todo y estar completamente perdido. ¡Dentro de la iglesia, y perdido!

El Señor Jesús trató de llevar a aquel joven de lo conocido a lo desconocido. El joven conocía la letra de la ley, de modo que Jesús le dijo: "Guarda los mandamientos". Eso era un tratamiento de choque. "Señor -dijo el joven confuso-, todo eso lo he observado desde mi niñez, pero la angustia no desaparece, la desesperación aumenta, la sensación de estar perdido es cada día mayor".

Jesús lo miró con ternura y lo amó. ¿Sabes? Jesús también te ama a ti. No Importa si eres pobre o rico, si eres negro o blanco, si eres feo o hermoso. El te ama. El te comprende. Eso es lo que dice la Biblia. En este momento tú eres lo más importante para Dios. Tú, con tus luchas, con tus fracasos, con tus conflictos, con tus dudas e incertidumbres; tú con tus deformaciones de carácter, con tu temperamento irascible, eres el objeto de todo su amor y cariño.

Puede ser que en algún momento de tu vida sientas que nadie te quiere, que tus padres no te comprenden, que no aprecian tu valer, que la vida te negó las oportunidades que les dio a otros, que el mundo entero no te acepta. Incluso puede ser que ni te quieras a ti mismo, ni te aceptes. Todo eso puede ser verdad, pero Dios siente afecto por ti y te comprende. En este momento, mientras lees estas líneas, está muy cerca de ti, listo para ayudarte, socorrerte y valorarte.

Hace siglos, allá en Judea, más allá del Jordán, Cristo miró con amor al joven rico. Vio sus conflictos internos, sus luchas, sus angustias. Vio su desesperada situación: Dentro de la iglesia, pero perdido al cumplir tan sólo exteriormente los mandamientos, perdido obedeciendo en apariencia todas las normas.

"¿Sabes cuál es tu problema, hijo mío? -le dijo Jesús-, tan sólo uno: Tú no me amas. En tu corazón no hay lugar para mí, en tu corazón sólo hay lugar para el dinero. Es verdad que estás dispuesto a guardar mis mandamientos, pero no me amas, y mientras no me ames yo no acepto nada de ti. De nada vale en ese caso guardar los mandamientos, cumplir las normas, obedecer las reglas: si no me amas, nada de eso tiene sentido, continuarás sintiendo esa horrible sensación, ese vacío interior. Vamos a hacer una cosa, mi querido hijo, vete ahora a tu casa, saca del corazón el amor a las cosas de este mundo, colócame en el centro de tu vida y, entonces, ven y sígueme".

La Biblia dice que el joven, "contrariado con estas palabras, se retiró triste". ¡Qué desgracia! Estaba más dispuesto a guardar externamente los mandamientos que a amar al Señor Jesús. ¿Por qué? Porque, tal vez, es más fácil aparentar que se es bueno que entregar el corazón a Dios.

Es posible que estés pensando: "Afortunadamente yo no tengo riquezas". Puede ser. Pero, a veces, no necesitamos tener riquezas para destronar a Jesús del corazón. ¿No será que, acaso, amas más a un artista de la TV que a Jesús? ¿Podrían, un deporte, una enamorada(o), una profesión, los estudios, y otras cosas buenas en sí mismas, ocupar el lugar de Cristo en tu corazón? ¿Podría ser que, incluso, amaras la iglesia, la doctrina de la iglesia, el nombre de la iglesia, más que al Señor Jesús?

Te pregunto: ¿Cuál debería ser nuestra primera preocupación, amar a Jesús o sólo guardar los mandamientos? A veces estamos más preocupados porque los jóvenes obedezcan las normas en lugar de que amen a Jesús. Pero el interés de Jesús es diferente: "Dame, hijo mío, tu corazón", dice él mientras llama a la puerta del corazón humano.

Nunca deberíamos olvidar que es posible cumplir las normas sin amar a Jesús, pero que es imposible amar a Cristo y no

obedecer sus normas. Entonces, ¿cuál debería ser nuestro primer interés, nuestro gran objetivo? Si el ser humano amara a Jesús con todo su corazón, sería incapaz de hacer algo que lastimara a su Redentor. Es decir que, en consecuencia, su vida sería una vida de obediencia.

¿Sabes cuál es nuestro gran drama en la vida espiritual? ¿Sabes por qué a veces nos sentimos infelices en la iglesia? Porque nos falta amor por Cristo. Algunos estamos en la iglesia porque nos gusta, porque la doctrina nos convenció, porque el pastor nos hizo una invitación que no pudimos rechazar. O porque nuestros padres lo quieren, o quizá para agradar a los hijos, o a la esposa, o simplemente porque todo ser humano tiene que tener una religión, pero no porque amemos a Jesús al punto de decirle: "Yo no pudo vivir sin ti".

-Pastor -me dijo una ancianita cierto día-, llevo casi 60 años de casada. Puede preguntarle a mi marido y él le dirá que siempre fui una esposa perfecta. Hice todo lo que una buena esposa debe hacer, actué siempre del modo correcto, pero nunca fui feliz.

-¿Por qué?

-Porque yo no amo a mi marido, pastor.

-Pero, entonces, ¿por qué se casó?

La ancianita, emocionada, dijo:

-En mis tiempos de jovencita una no escogía al marido. Eran los padres los que lo escogían. Un día mi padre dijo: "Hija, dentro de dos meses vas a casarte con el hijo de mi compadre". Así que preparamos el ajuar. Los detalles para la fiesta quedaron todos arreglados y, faltando dos días para el casamiento, conocí a mi novio. No me gustó. Nunca logré quererlo, pero me casé porque tenía que obedecer. Fui una esposa perfecta, pero nunca fui feliz.

¿Cómo ser feliz al lado de alguien a quien no se ama? El bautismo es una especie de casamiento con Cristo. Muchos cristianos tal vez puedan decir: "Señor, estoy en la iglesia, bautizado hace cinco, diez o quince años. En todo ese tiempo

cumplí, de alguna manera, lo que la iglesia pide, pero nunca fui feliz". ¿Por qué? Porque no es posible ser feliz al lado de alguien a quien no se ama. Convivir con una persona a quien se ama es ya una tarea difícil, así que, imaginen qué será cuando no hay amor. Nunca podremos ser felices estando en la Iglesia solamente porque nacimos en ella, o debido a la presión social, religiosa o familiar. Todos esos motivos sólo tienen algún sentido cuando el gran motivo es el amor por Cristo. Si no es así, la vida cristiana llega a ser un infierno, una horrible carga que sobrellevar. Hacer las cosas sólo porque estamos bautizados, sólo para cumplir, sólo para agradar a los hombres, es lo peor que puede acontecernos. Siempre estaremos pensando en salir, en abandonar todo o, quizá, cuando nadie nos ve, estaremos haciendo las cosas que no debemos hacer.

Todas las normas de la iglesia, todas las cosas que tengamos que abandonar, todo lo que tengamos que aprender, tendrá algún significado únicamente cuando el amor de Cristo impele e impulse nuestro ser. Nuestra oración no debiera ser: "Señor, ayúdame a guardar tus mandamientos", sino: "Señor, ayúdame a amarte con todo mi ser".

El joven rico se fue triste y no volvió más. Estaba listo para ser en apariencia un buen miembro de Iglesia, pero no para entregar su corazón al Maestro.



FUERZA

**para encontrarme
a mí mismo**

¡Estaba perdido!

Debían ser las tres o las cuatro de la tarde, pero en el interior de la floresta daba la impresión de que estaba anocheciendo. Nubes negras cubrieron repentinamente el cielo y el "grito" de los truenos se dejó oír en la inmensidad de la selva amazónica, como si fuera el alarido de gigantes asustados. De cuando en cuando los relámpagos, semejantes a flechas encendidas, herían la oscuridad. Tuve miedo. O, mejor dicho, estaba amedrentado desde que me di cuenta de que había perdido el camino.

Corría el año 1972. Era misionero entre los indios de la tribu Campa, que viven en las márgenes del río Perené, en la región amazónica peruana. Había salido de casa, aquel viernes de mañana, con el objeto de visitar una aldea localizada a dos horas de camino a través de la selva. No supe precisar en qué momento perdí el sendero. Me esforcé por encontrarlo, pero toda tentativa acababa desorientándome más. Los minutos y las horas fueron pasando y, entonces, aparecieron las nubes oscuras anunciando la tormenta.

La lluvia llegó junto con la noche, implacable. Me senté en el suelo, debajo de un árbol, mientras la lluvia pasaba, rogando a Dios que me ayudara a salir de aquella difícil situación. No sé cuánto tiempo estuve en esa actitud, pero cuando noté que la lluvia había disminuido, reinicié la caminata en medio de la oscuridad y

el barro. Estaba completamente mojado, cansado y hambriento y, a esta altura de los acontecimientos, casi desesperado. "No puedes detenerte, vas a tener que continuar", repetía una y otra vez. "Vas a conseguirlo. Un poco más y encontrarás la aldea, lo que no puedes hacer es quedarte ahí parado".

Pero algo me decía que todo era inútil, que lo mejor sería quedar allí y esperar la luz del nuevo día. ¿Quedar allí? ¿Mojado como estaba? ¿Solo? ¿Y si aparecía alguna fiera? Era la primera vez que me sucedía una cosa así. Yo no conocía la selva. Había llegado de la capital hacía unos meses. Sentí que el miedo se estaba apoderando de mí, y corrí. Corrí como un loco, como si alguien estuviera persiguiéndome. La lluvia mojaba mi rostro, dificultándome la visión, si es que se podía distinguir alguna cosa en aquella oscuridad. Fue entonces cuando resbalé y caí barranco abajo, cinco o seis metros tal vez. Estaba lleno de lodo. Ya no existía el camino. Sólo la oscuridad y la música infernal que producía la lluvia al entrar en contacto con las hojas y el suelo.

Yo no lo quería aceptar, pero estaba perdido, completamente perdido. Intenté salir del hoyo en que me encontraba. Me así (sostuve) de una planta, pero se desprendió y volví a caer en el barro. Me aferré entonces a una pequeña rama, pero un dolor violento me obligó a soltarla, y acabé nuevamente en el lodazal, con la mano llena de espinas. Todo lo que hacía era inútil, mis pies resbalaban en la tierra mojada y siempre acababa allí abajo, en el pozo y en el fango. Quedé algún tiempo meditando en silencio. De repente tuve ganas de llorar. Y lloré. ¿De miedo? Me parece que ya no sentía más miedo. ¿Por temor a alguna fiera? ¿Cansancio? ¿Hambre? Me hubiera gustado que fuera por alguno de esos motivos, pero no lo era, no.

Mirando hacia atrás vi que mi vida en la iglesia había sido como aquella noche. Toda la vida intentando salir del pozo, toda la vida intentando vivir a la altura de los elevados principios de mi iglesia, intentando cumplir los mandamientos, y acabando siempre

en la misma situación. Yo estaba perdido en medio de la iglesia, con todas las doctrinas en la cabeza, cumpliendo, en cierto modo, sus normas, pero estaba perdido. Y lo peor de todo era que ya hacía dos años que era pastor. Toda mi vida comenzó a desfilar, como una película, ante mis ojos. Mi madre había conocido el evangelio cuando yo apenas tenía cuatro años de edad. Prácticamente nací en la iglesia. No recuerdo un día en que ella hubiera dejado de asistir a los cultos. Los sábados, domingos y miércoles, siempre estaba allí, con todos los hijos. En el pequeño local donde se reunía el grupito de ocho personas había un lugar especial encima del púlpito para los Diez Mandamientos, enmarcados en un cuadro dorado. Era deber de todos saber de memoria los mandamientos, y guardarlos fielmente. Desde pequeño aprendí las normas de la iglesia. No puedes fumar, no puedes bailar, no puedes ir al cine, no puedes ir a la cancha de fútbol, no puedes.

"- ¡Oh, Dios! - me preguntaba muchas veces-, ¿cómo es posible vivir así?" En mi corazón de adolescente sentía un extraño conflicto: sabía lo que debía y lo que no debía hacer, pero no conseguía vivir a la altura de esas normas, y eso me hacía infeliz. Recuerdo que un día un equipo profesional de fútbol visitó la ciudad donde vivía. Mi hermano mayor y yo salimos de la reunión de jóvenes y asistimos al segundo tiempo del partido. Aquel día lloré. Me sentía miserable. Creí que Dios tendría que destruirme. Pensé que había perdido para siempre el derecho de ir al cielo.

A los 13 años me bauticé y mi conflicto aumentó. "Ahora - me decía a mí mismo-, eres un miembro bautizado, ya no puedes cometer tonterías". Pero había algo que siempre estaba errado en mi vida, aunque no sabía precisar qué era. Cada vez oraba más, pero parecía que Dios estaba muy lejos. Parecía que nunca me oiría. Estudiaba la Biblia por deber. A los 15 años terminé de leer Mensajes para los Jóvenes (Libro), y me sentí más pecador que nunca. Yo nunca iré al cielo -pensaba-, ya que es imposible alcanzar un tipo de vida tal". Sólo Dios sabe cuántas veces me

acosté en la cama, sintiéndome solo, y rumiando mi desesperación. Me atormentaba la idea de un Dios siempre enojado, siempre pronto a castigarme, esperando siempre que cumpliera todas sus normas.

Cuando concluí los estudios de segunda enseñanza, fui a estudiar Teología, y mi conflicto adquirió dimensiones mayores. "Tú eres un futuro pastor, no puedes errar más, tienes que cumplir todo, todo". Muchas veces me asaltó el pensamiento de abandonar, no solamente el seminario, sino también la iglesia y el hogar paterno. Hoy doy gracias a Dios porque, de alguna manera, él no me dejó hacerlo.

Me gradué a los 21 años. Ese era el gran sueño de mi madre, y también el mío. Pero, en lugar de ser feliz, me sentía más angustiado. "¡Señor! ¿Qué es lo que me pasa? -Pensaba-, ¿por qué esta sensación de que siempre estoy errado, de que nada está correcto?" La respuesta no venía, pero el conflicto aumentaba. "Ahora eres un pastor -me repetía a mí mismo-, y tienes que ser un ejemplo para la Iglesia. Si alguien tiene que cumplir todas las normas al pie de la letra, eres tú".

¡Cuán tristes fueron los primeros años de mi ministerio! No es que fuera un gran pecador. Mis pecados podrían ser clasificados como "soportables". Eran "pequeños errores". Pero yo sabía que para Dios no había clasificación de pecados, y eso me angustiaba. Lo peor de todo era que yo conocía la doctrina de Cristo. Sabía de memoria las doctrinas de la iglesia. Había memorizado los mandamientos y decenas de versículos. Predicaba acerca de Jesús, y regresaba a mi casa triste. Siempre con aquella sensación de que alguna cosa no andaba bien. Me acostaba y me levantaba cada día con las normas y los principios en la cabeza. Andaba siempre pensando en lo que debía o no debía hacer. La angustia no desaparecía. Dios fue muy bueno conmigo porque, a pesar de todo, me dio muchas almas para su iglesia en esos dos primeros años de ministerio.

Aquella noche, allá en el interior de la selva, mojado y lleno de fango, entendí, por primera vez, lo que sucedía conmigo. Yo estaba perdido en medio de una selva de doctrinas, normas, leyes y teología. ¡En medio de la iglesia y, sin embargo, perdido!

Miré para uno y otro lado. ¿Dónde estaba aquel Jesús del cual predicaba? Estaba allá, distante, detrás de las nubes. En mi cabeza sólo había teorías, normas y doctrinas. Lloré, lloré como un niño, porque me sentía desamparado. Yo conocía un nombre, no una persona: ya amaba una iglesia, no al maravilloso Señor de esa iglesia; tenía conmigo normas y reglamentos, pero no tenía a Jesús, y en aquel momento no tenía necesidad de normas, ni de doctrinas, ni de una iglesia. Lo que necesitaba era una persona. Lloré aquella noche la tragedia de haber vivido siempre solo, intentando salir del pozo y encontrar la senda correcta por mí mismo, pero acabando siempre en la misma situación, en el fango y en la desgracia.

La lluvia estaba pasando. "Un milagro -dije en mi corazón- necesito un milagro. Sólo un milagro puede sacarme de aquí". Y comencé a gritar con todas las fuerzas de mí ser. En la selva, cuando alguien está perdido, tiene que gritar. Si alguien llega a oír el grito, gritará a su turno, y así ambos podrán auxiliarse.

De repente, me pareció oír una voz distante. Grité. Mi voz se perdió en la inmensidad de la floresta, y el viento me trajo la respuesta. Alguien estaba gritando a lo lejos. Alguien estaba allá. Continué gritando y el grito se fue aproximando. Cada vez más, más. Pude oír los pasos y, después, ver la silueta de alguien. Al llegar cerca de mí, vi su rostro. Era un indio. Extendió el brazo, aseguró mi mano, y tiró de mí. Era una mano fuerte, llena de callosidades. Tiró de mí con firmeza hasta hacerme llegar allá arriba. "¿Quién eres?", pregunté. No respondió. "¿Cómo te llamas?" Silencio. "¿De dónde viniste?" La misma respuesta. Me tomó firmemente por el brazo y comenzó a caminar. Sus pasos eran firmes. Pero en ningún momento respondió a mis preguntas.

Anduvimos en silencio durante algún tiempo, hasta llegar a cierto punto. Allí abajo había luz. Era el lugar que estaba buscando. Estaba a salvo. Dejé al indio y corrí bosque abajo, resbalé y caí. Nuevamente él extendió el brazo, me levantó y me sostuvo hasta que llegamos a la choza de donde salía la luz.

El hermano Juan apareció con su antorcha encendida.

-¡Pastor! -Exclamó-, ¡usted vino a esta hora!

-Perdí la senda -respondí, y me saqué la ropa mojada. Me recosté cerca del fuego, y dormí.

Noté tres cosas al despertarme en la mañana de aquel sábado. Mi ropa estaba seca, cerca del fuego; mi mochila estaba un poco más allá; y había mandioca (yuca) para comer y chapo (bebida de plátano cocido) para beber. Minutos después llegó el hermano Juan.

-¿Cómo hizo para encontrar el camino? -preguntó.

-Fue el indio -respondí.

-¿Qué indio?

-Aquel que estaba conmigo ayer cuando llegué.

Juan me miró intrigado, y dijo:

-No había ningún indio con usted.

Yo no dije nada. Di media vuelta y descendí hasta un pequeño salto de agua para lavarme. Me arrodillé mientras oía la música del agua al caer, y el canto de los pájaros, y dije en mi corazón: "Señor Jesús, ahora sé que no eres una doctrina, eres una persona maravillosa. ¿Cómo fui capaz de andar como un solitario la vida toda? ¡Oh, Señor! Ahora entiendo por qué no era feliz. Me estabas faltando tú. Quiero amarte, Señor. Quiero tomarme siempre de tu brazo poderoso. Sé que sin ti estoy perdido. Quiero, de aquí en adelante, tomar siempre tu mano de amigo y sentirte a mi lado. Saber que no estás allá en los cielos, sino aquí, conmigo. Hoy entiendo lo que me estaba faltando. Me estabas faltando tú, querido Jesús".

Desde aquel día comencé a encarar la vida cristiana no como una pesada carga de normas, prohibiciones y reglamentos, sino con la maravillosa experiencia de caminar lado a lado con Jesús. Las doctrinas comenzaron a tener vida para mí. Todo lo que antes era opaco y sin color, comenzó a adquirir brillo, el maravilloso brillo de la felicidad. Nunca quise saber si aquel indio era un indio verdadero o un ángel. No era eso lo que importaba. Aquella noche aprendí la gran lección de mi vida. Manteniéndome solo, estaría siempre perdido, siempre angustiado, siempre desdichado. Precisaba de la ayuda de un amigo poderoso. Encontré ese amigo en Jesús, y por eso estaré eternamente agradecido a ti, ¡oh, Dios!



FUERZA

para amar

¿Tendrías el coraje de no amarlo?

Papá, ¿por qué debo amar a Jesús? -me preguntó cierto día uno de mis hijos.

Tratando de encontrar una respuesta que satisficiera la curiosidad del niño, lo miré directamente a los ojos y le pregunté:

-¿Tú quieres a papá?

-Claro que sí -respondió.

-Pero, ¿pensaste alguna vez por qué quieres a papá?

Sus ojitos se movieron de un lado al otro con una rapidez extraordinaria, y con una sonrisa iluminándole el rostro, dijo:

-Porque tú me quieres a mí.

¿Entendiste, amigo mío? El amor tiene el extraño poder de cautivar. El amor engendra amor. Nadie resiste al magnetismo del amor, y una de las grandes verdades bíblicas es que Cristo nos amó de tal manera que lo mínimo que podemos hacer es amarlo también. Pero, ¿por qué el ser humano no consigue amar a Dios? ¿Sabes lo que sucede? A veces, es porque no entendemos lo que él hizo por nosotros. Constantemente decimos que él murió en la cruz para salvarnos, pero me temo que no entendemos plenamente lo que eso significa. Hemos oído tantas veces esa frase desde niños, que es posible que nos hayamos familiarizado tanto con ella al punto de perder su verdadero significado.

Hace años, en el seminario donde yo estudié, fui testigo de una hermosa historia de amor. Uno de los jóvenes más feos del seminario se casó con una de las señoritas más bonitas. Ella era una de las jóvenes que habían llegado aquel año por primera vez. Los muchachos

más apuestos, más hermosos, inteligentes y comunicativos fueron desfilando, uno a uno, intentando conquistarla, sin éxito.

Un día un colega me buscó, y me dijo:

-Estoy con problemas.

-¿Cuál es tu problema?

-Estoy enamorado.

-¡Felicitaciones! Eso es fabuloso, eso no es un problema.

-Espera un minuto -dijo él-, es que me estoy refiriendo a aquella chiquilla.

Se me cortó la sonrisa, y murmuré:

-Bueno, ahí sí, eso es ciertamente un problema. Tú sabes que los muchachos más apuestos y seductores del colegio no consiguieron nada. ¿Te parece que ella te va a mirar a ti?

-Lo sé -dijo el muchacho, triste-, lo sé muy bien, pero, ¿qué puedo hacer si la amo?

Los meses fueron pasando, y el amor fue creciendo en silencio dentro del corazón de aquel joven.

A mitad del año escolar, de repente corrieron rumores de que ella abandonaría el colegio porque no podía pagar las mensualidades.

Nuestro amigo se presentó al gerente del colegio y se ofreció para pagar las cuentas de la joven con el dinero que él había ganado vendiendo libros. Naturalmente, eso significaba para él la pérdida de un año de estudios.

El gerente trató de disuadirlo. Pero no lo consiguió. "El dinero es mío, y yo quiero pagar las cuentas de ella. Y, por favor, no quisiera que ella llegara a saber quién es el que pagó".

Así que fue él quien tuvo que abandonar el colegio aquel año para vender más libros y continuar estudiando al año siguiente.

Algunos meses más tarde me escribió una carta conmovedora. "Dices que no vale la pena el sacrificio que estoy haciendo, que ella nunca me mirará. Lo que tú no sabes es que yo la amo y no puedo

permitir que ella pierda un año de estudios. Yo la amo. No importa si ella nunca llega a mirarme. Yo me siento feliz haciendo esto por ella".

Al año siguiente regresó al colegio. Su amor estaba más maduro. Tenía certeza de lo que sentía, y un día se armó de coraje y le habló. Le abrió el corazón, y le declaró sus sentimientos.

Fue un momento muy triste. Ella, no sólo rechazó la propuesta, sino que, además, lo trató mal. Alguien buscó entonces a la joven, y le dijo: "Oye, tienes el derecho de decir no, pero podías haber sido más delicada con él. No necesitabas herirlo. Es verdad que es un muchacho simple, casi insignificante, sin ningún atributo físico, sin facilidad de palabra, pero él te ama tanto que el año pasado perdió el año de estudios para que tú no tuvieras que abandonar el colegio; y todo eso lo hizo sin que tú lo supieras, sin esperar nada, solamente porque te ama".

La joven quedó en estado de choque. Lloró. Le preguntó al gerente si era verdad, y al tener la confirmación, se sintió herida y humillada.

Meses después aquel muchacho anunció a sus compañeros: "Estoy noviendo con ella".

Todo el mundo comenzó a pensar: "Es por lástima". "Es por compasión". Pero un día ella me dijo una cosa bonita. "Al principio, cuando descubrí lo que había hecho por mí, me sentí perturbada, fastidiada, ofendida. Pero a medida que el tiempo pasaba, comencé a pensar con más calma, y me pregunté a mí misma: "¿Acaso podría encontrar en este mundo a un joven que me ame tanto, al punto de sacrificar en silencio un año de estudios sin esperar nada, incluso sin querer que yo supiera el sacrificio que estaba haciendo?" Entonces llegué a una conclusión:

"¿Cómo tendría el coraje de no amar a alguien que me ama tanto?"

Esa frase merece ser puesta en un marco de oro. "¿Cómo tendría el coraje de no amar a alguien que me ama tanto?"

El día en que comprendamos lo que realmente sucedió aquella tarde en la cruz del Calvario, nos haremos, sin duda, la misma pregunta.

Pero, ¿qué fue lo que aconteció allí?

Vayamos con nuestros ojos al Jardín del Edén. Al crear Dios al ser humano, le dio una orden: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal, no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás". (Génesis 2:16,17) Esa orden contenía el principio de la retribución; en otras palabras, la obediencia merece vida, y la desobediencia merece muerte. El hombre pecó. Todos nosotros pecamos y, en consecuencia, nuestra recompensa debía ser la muerte. Teníamos que morir. "La paga del pecado es la muerte", (Romanos 6:23) pero sucede que el ser humano no quiere morir. Clama, y pide perdón. "Padre, perdóname". ¿Acaso sabe él lo que está diciendo? "Padre, yo pequé, merezco morir pero, por favor, no quiero morir". Esta súplica del hombre le crea un conflicto a Dios, porque él es Dios, y su palabra no cambia. Si el hombre pecó, tiene que morir, pero él ama al ser humano, y no puede permitir que el hombre muera. ¿Qué hacer? Si hubo pecado, tiene que haber muerte, y "sin derramamiento de sangre no se hace remisión". (Hebreos 9:22)

El hombre no quiere morir; en ese caso, algún otro tiene que morir. Alguien tiene que pagar el precio del pecado en lugar del ser humano. Y ahí aparece la figura majestuosa del Hijo. El dice: "Padre, el hombre merece la muerte porque pecó, pero antes de cumplir la sentencia quiero ir a la Tierra como hombre y vivir con él; quiero asumir su naturaleza, experimentar sus conflictos, sus tristezas, sus alegrías y sus tentaciones". Por eso fue que Cristo vino a este mundo como un niño.

El no solamente parecía humano. El era un humano de verdad. Como tú y como yo. Tuvo las mismas luchas que tienes tú y, a veces, se sintió solo e incomprendido como tú. Experimentó tus tentaciones,

y es por eso, y no simplemente porque es Dios, que él está más dispuesto a amarte y comprenderte que a juzgarte y condenarte.

El Señor Jesús vivió en este mundo 33 años. La Biblia dice que "fue tentado en todo, según nuestra semejanza, pero sin pecado"(Hebreos 4:15). Ahora bien, si vivió en este mundo como hombre, y como hombre fue tentado y no pecó, por el principio de la retribución merece la vida.

Ahora vamos a imaginar un diálogo entre Cristo y su Padre. "Padre -dice Cristo después de haber vivido en este mundo-, yo viví en la tierra como un ser humano, y fui tentado en todo, pero no pequé. Como ser humano gané el derecho a la vida. El hombre, por el contrario, pecó y merece la muerte. No obstante, Padre, el principio de la retribución no impide que haya una sustitución, una permuta. Siendo así, la muerte que el hombre merece, quiero morirla yo, y la vida que yo merezco, porque no pequé, quiero ofrecérsela a él".

Eso fue lo que sucedió en la cruz del Calvario. Un canje de amor. Alguien murió en nuestro lugar. Alguien murió para salvarnos.

Unos días antes de la muerte de Cristo la policía de Jerusalén prendió a un malviviente llamado Barrabás. El delincuente fue juzgado y condenado a la pena de muerte. Debía ser clavado en una cruz. Esta forma de muerte era una muerte cruel. Nadie muere debido a las heridas en las manos y en los pies. La muerte de cruz es lenta y cruel. La sangre se va acabando, gota a gota. A veces, el malhechor quedaba clavado en la cruz durante varios días, y el sol del día, y el frío de la noche, el hambre, la sed y la pérdida paulatina de sangre iban acabando poco a poco con su vida.

Después del juicio y la condena, las autoridades llamaron a un carpintero para que preparara la cruz de Barrabás. Allí estaba el delincuente, y allí estaba su cruz. Preparada especialmente para él, con sus medidas y con su nombre. Pero aquel día los judíos prendieron a Jesús. El también fue juzgado y condenado. La historia cuenta que un

hombre llamado Pilato, intentando defenderlo, presentó delante del pueblo a Cristo y a Barrabás, y dijo:

-En estas fiestas tenemos la costumbre de soltar un prisionero. ¿Quién queréis que os suelte esta vez, a Cristo o a Barrabás?

El pueblo gritó, enfurecido:

-¡Suelta a Barrabás! ¡Crucifica a Cristo!

Me parece que si alguien entendió alguna vez en toda su plenitud el sentido de la expresión: "Cristo murió en mi lugar", fue Barrabás. Sencillamente, no podía creerlo. Tal vez pellizcase su piel para saber si realmente estaba despierto. Él, el malviviente, el delincuente, estaba libre. Y aquel Jesús, manso y sin malicia, que sólo vivió sembrando amor, devolviendo la salud a los enfermos y la vida a los muertos, estaba allí para morir en su lugar. Yo me imagino que Barrabás pensó: "Nunca tendré palabras suficientes para agradecerle a Cristo el haberse cruzado en mi camino. Si él no hubiera venido, yo estaría condenado irremediablemente".

Ya no había más tiempo para llamar al carpintero y pedirle que preparara una nueva cruz para Cristo. Además, allí estaba una cruz vacante, disponible, con las medidas de otro, con el nombre de otro, preparada para otro. Y aquella tarde, mi querido joven, cuando Cristo ascendió al monte Calvario cargando una pesada cruz -me gustaría que entendieras bien esto-, aquella tarde triste, Jesús estaba cargando una cruz ajena, porque para él nadie jamás preparó una cruz. ¿Sabes por qué? Simplemente porque él no merecía una cruz. Aquella tarde Cristo estaba cargando mi cruz. Era yo quien merecía morir, pero él me amó tanto que decidió morir en mi lugar y ofrecerme el derecho a la vida, el derecho que él, como hombre, había conquistado.

Finalmente los hombres llegaron a la cima del monte. Depositaron la cruz en el suelo y con enormes clavos le atravesaron las manos y los pies. Entonces levantaron la cruz y con el peso del cuerpo sus carnes se rasgaron. Un soldado le había colocado en la frente una corona de espinas. La sangre le corría lentamente por el

rostro. Otro soldado lo hirió en el costado con una lanza. Allí estaba el Dios-hombre muriendo por amor. El Sol ocultó su rostro para no ver la miseria de los hombres; el cielo lloró en un torrente de lluvia. Hasta las aves de los cielos y las bestias de los campos corrieron de un lado a otro, intuyendo en su irracionalidad que alguna cosa extraña había acontecido. Sólo el hombre, la más bella e inteligente de las criaturas, parecía ignorar que en aquel instante estaba en juego su destino eterno.

Horas después, cuando los judíos volvieron a sus casas, allá en aquella montaña solitaria, en medio de los ladrones, pendía agonizante el maravilloso Jesús, entregando su vida por la humanidad.

¿Te detuviste, alguna vez, a pensar en el significado de aquel acto de amor?

No fue un loco suicida el que murió en la cruz. No fue un revolucionario social el que pagó allí con su vida. Era un Dios hecho hombre, y como hombre tenía miedo de morir. Poseía el instinto de la conservación. Tenía tanto miedo de morir que, en la noche anterior, en el Getsemaní, dijo a su Padre:

-Padre, tengo miedo de morir. Si tuvieras otro medio de salvar al mundo, si me quitaras esta prueba, yo te quedaría muy agradecido.

Y yo tengo la certeza de que Dios dijo:

-Aún estás a tiempo de volverte atrás, hijo mío.

Toda la vida de la humanidad estaba en sus manos. El tenía miedo de morir, pero su amor era mayor que el miedo, mayor que la vida. ¿Cómo abandonar al hombre en un mundo de desesperanza y de muerte? Eso es lo que tal vez yo nunca consiga entender. ¿Por qué me amó tanto? ¿Entiendes el significado de tu vida? Eres lo más importante que tiene Cristo. **El te ama de tal manera que, aún teniendo miedo de la muerte, la aceptó para verte feliz.** No sólo para verte llegar a ser miembro de la iglesia, sino para verte realizado y feliz.

Volvamos ahora al razonamiento inicial. El hombre pecó y merece morir. Pero él va a Dios, y le dice:

-Padre, perdóname. En otras palabras:

-Yo no quiero morir.

-Hijo, yo no puedo cambiar el principio. La paga del pecado es la muerte. No hay otra salida.

-Padre, perdóname, por favor, perdóname -clama el hombre en su desesperación.

El pastor H.M.S. Richards cuenta una historia de cuando era muchacho.

Dice que le gustaba saltar la cerca y tomar las manzanas del vecino. Un día la madre lo llamó y, mostrándole una vara verde, le dijo: -¿Ves esta vara?

-Sí, mamá.

-Si vuelves a tomar una manzana del vecino voy a castigarte cinco veces con esta vara, ¿entendiste?

-Sí, mamá.

Los días pasaron. Las manzanas estaban cada vez más rojas, y el muchacho no consiguió resistir la tentación. Saltó la cerca y comió manzanas hasta quedar satisfecho. Lo que no esperaba era que al volver a su casa la madre estuviera aguardándolo con la vara verde en la mano. Tembló. Sabía lo que iba a suceder. Casi sin pensar, suplicó:

-Mamá, perdóname.

-No, hijo -dijo la madre-, yo dije una cosa y tendré que cumplirla.

-Mamá, por favor, te prometo que nunca más volveré a hacer eso.

-No puedo hijo, tendrás que recibir el castigo.

-¡No, mamá!

-Entonces, sólo existe una solución, hijo mío.

-¿Cuál?

La madre le entregó la vara, y le dijo:

-Toma la vara, hijo mío. En lugar de castigarte yo a ti con esta vara, tú vas a azotarme a mí. El castigo tiene que cumplirse, porque la

falta existió. Tú no quieres recibir el castigo, pero yo te amo tanto que estoy dispuesta a recibir el castigo por ti.

"Hasta aquel momento yo había llorado con los ojos -contó Richards-, pero entonces comencé a llorar con el corazón. ¿Cómo tendría el coraje de golpear a mi madre por un pecado que no había cometido?"

¿Entendiste el mensaje? Eso es, exactamente, lo que sucede entre Dios y nosotros cuando después de pecar, suplicamos perdón. El nos mira con amor, y dice:

-Hijo mío, pecaste y mereces la muerte, pero no quieres morir. Entonces sólo hay una solución, hijo mío.

-¿Cuál es? -preguntamos ansiosos.

-En lugar de que mueras tú por el pecado que cometiste, estoy dispuesto a sufrir la consecuencia de tu error

-responde él con voz mansa.

Richards no tuvo el coraje de castigar a su madre por una falta que él había cometido. Pero nosotros tuvimos el coraje de crucificar al Señor Jesús en la cruz del Calvario.

Continuamos crucificándolo cada día con nuestras actitudes. Y él no dice nada. Como cordero es llevado al matadero y como oveja muda delante de sus trasquiladores, no abre la boca, no reclama, no exige derechos, no piensa en justicia. Solamente muere, muere lentamente, consumido por las llamas de un amor misterioso, incomprensible, infinito.

No, yo nunca tendré palabras suficientes para agradecer lo que él hizo por mí. Yo nunca podré entender la plenitud de su amor por mí. Pero, al levantar los ojos hacia aquella montaña solitaria, y ver colgado en la cruz a un Dios de amor, mi corazón se enternece y exclama como la joven del colegio:

"¿Cómo tendría el coraje de no amar a alguien que me ama tanto?"



FUERZA

para creer

Los milagros no se explican... se aceptan

¿Por qué nos resulta difícil amar a Dios a pesar de saber lo que hizo por nosotros?

En el capítulo 3 de San Juan encontramos la historia de un hombre que no conseguía amar a pesar de tener abundante conocimiento bíblico.

Este hombre cumplía, aparentemente, todas las normas, se esforzaba cada día por ser un buen miembro de iglesia, y hasta tenía un cargo en la dirección de la misma, pero no era feliz. Experimentaba una sensación de vacío interior, había algo que faltaba. Lo peor de todo era que ni él mismo sabía definir qué era.

Es posible que Nicodemo acostumbrara a quedar despierto hasta altas horas de la noche, sin poder dormir. Acostado en la cama, muchas veces tal vez se habrá preguntado: "Dios mío, ¿qué es lo que me está pasando? Devuelvo mis diezmos, guardo el día de reposo, hago trabajo misionero, canto en el coro de la iglesia, soy maestro en la iglesia, pero siento que alguna cosa no está bien dentro de mí, tengo la impresión de que nada valen todos mis esfuerzos. ¿Qué es lo que está sucediendo conmigo?"

Tal vez fue una de aquellas noches cuando se levantó y buscó a Jesús. Sabía dónde encontrarlo. Estudiaba las profecías y todo señalaba que Cristo era el Mesías que había de venir. Su problema no era falta de conocimiento. La tragedia de Nicodemo consistía en el hecho de que nunca había tenido un encuentro personal con Cristo.

Amparado por las sombras de la noche, se dirigió al lugar donde Jesús estaba. En el fondo, tenía vergüenza de que otros lo vieran procurando ayuda. Después de todo, era un dirigente de la Iglesia. Los hombres suponen que los líderes deben ayudar y no pedir ayuda. ¿Se dan cuenta del drama de aquel hombre? Lleno de teorías, lleno de doctrinas, lleno de profecías, sintiéndose solo, precisando ayuda, angustiado y, sin embargo, impedido, debido a su status, de correr como el joven rico y caer a los pies de Cristo, diciendo: "¡Señor, estoy perdido! ¿Qué debo hacer para tener la vida eterna?"

No fue difícil para Nicodemo encontrar a Jesús. Cristo estaba en el monte de los Olivos esperándolo con los brazos abiertos. Sus miradas se encontraron. Era el encuentro de la paz y la desesperanza, de la calma y la angustia, de la plenitud y el vacío, de la certeza y la incertidumbre. Los ojos de Cristo, que irradiaban amor, paz y perdón, penetraron su corazón. Nicodemo trató de abrir el corazón, contar sus tristezas, hablar de sus fracasos, de la confusión que lo inquietaba, pero no pudo. Su orgullo habló más alto.

-Rabí -dijo-, sabemos que eres un Maestro venido de Dios, porque nadie puede hacer estas señales que haces si Dios no estuviere con él.

Tengo la Impresión de que, en realidad, él quiso decir: "Te reconozco como maestro, y vine para hablar contigo de maestro a maestro. Vamos a estudiar un poco las profecías relacionadas con las cosas que haces".

Jesús miró a Nicodemo y vio a través de sus ojos una persona angustiada. No eran profecías lo que estaba necesitando, ni teología, ni doctrinas. A veces nosotros los humanos vivimos preocupados en buscar conocimientos teológicos, cuando en realidad nuestra necesidad es otra.

-Nicodemo -le dijo Cristo-, necesitas nacer de nuevo. Necesitas convertirte. Este es tu problema, y mientras no experimentes el nuevo nacimiento de nada vale estar en la iglesia, ni conocer las doctrinas, ni

tener un cargo en la dirección de la misma. Nada sustituye a la experiencia de la conversión.

Aquella declaración fue como una bofetada en el rostro de Nicodemo.

-¿Cómo puede el hombre nacer de nuevo siendo viejo? ¿Puede por ventura retornar al yente materno? -preguntó, simulando no haber entendido.

Y Cristo, con un aire de tristeza en los ojos, le dijo:

-Un momento, hijo mío. Tú entendiste perfectamente lo que quise decirte. Estoy hablando de la conversión, porque este es el punto de partida para una vida feliz. Tú vives angustiado y triste porque tu cabeza sólo está llena de doctrinas, leyes, normas y reglamentos. Te sientes frustrado porque siempre intentaste hacer las cosas de la manera correcta y nunca lo conseguiste. Hoy, querido hijo, quiero transformar tu ser completamente, y tú, en lugar de aceptar, ¿intentas esconderte a través del preconcepto y la ironía?

La historia de Nicodemo queda sin conclusión en el capítulo 3 de San Juan porque aquella noche no aceptó la invitación de Cristo. Era demasiado duro reconocer que él, Nicodemo, el teólogo y líder, el buen miembro de iglesia, no estuviera convertido. Se retiró triste y frustrado como había venido.

¿Me creerías si dijese que el problema de Nicodemo puede ser también nuestro? Corremos tal vez hoy el riesgo de pensar que, porque estamos en la iglesia, bautizados, estamos convertidos. Pero no siempre es así. **No podemos confundir conversión con convicción.** Las palabras son parecidas, pero tienen significados completamente diferentes. La primera tiene que ver con el corazón y la vida, la segunda se limita tan sólo a lo que se almacena en la mente.

Cierto día alguien me dio una serie de estudios bíblicos. Acepté las doctrinas que me enseñaron y, finalmente, decidí bautizarme. Al salir del bautisterio pensé: "Ahora estoy convertido". Y así debiera ser normalmente, pero tal vez no sea así. Estamos convencidos de la

doctrina, con certeza, pero estar convencido no significa estar convertido. Y ahí comienza toda la confusión. Pasamos por la vida como Nicodemos, llenos de teorías y de doctrinas, sabiendo muchas veces todo eso desde la niñez, porque nacimos en un hogar cristiano, pero vivimos con esa permanente sensación de vacío, de impotencia, de fracaso. Queremos amar a Dios y no lo conseguimos. ¿Por qué?

Vamos a tratar de entender mejor este asunto de la conversión. Para eso tenemos que remontarnos nuevamente al Edén. Allá encontraremos a Adán y a Eva, recién salidos de las manos del Creador. Eran seres perfectos, habían sido creados así, sin propensión al pecado, con la capacidad de obedecer. Se deleitaban en la obediencia. Obedecer era para ellos tan fácil como lo es para ti el respirar. No necesitaban esforzarse para eso. Tenían una naturaleza perfecta.

El problema comenzó cuando pecaron, porque en ese instante perdieron su naturaleza perfecta y adquirieron una naturaleza extraña, incapaz de obedecer, y que se deleita en las cosas impropias de la vida. Llamaremos a eso la naturaleza pecaminosa.

Pues bien, con esa naturaleza pecaminosa el hombre ya no consigue obedecer. Ahora, el desobedecer y pecar es para él tan simple como el respirar. Infelizmente, esa naturaleza pecaminosa fue pasando de padres a hijos hasta el día en que nosotros llegamos a este mundo. Cuando nacimos, nacimos con esa naturaleza y con ella es imposible obedecer.

Eso es lo que la Biblia dice: "¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?" (Jeremías 13:23) "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, perverso, ¿quién lo conocerá?" (Jeremías 17:9) "Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias". (San Mateo 15:19)

-Pastor -seguramente te estarás preguntando-, ¿quiere decir entonces que nunca conseguiré obedecer?

-De la manera que naciste -te respondo-, con esa naturaleza que recibiste de tus padres, no.

Eso fue lo que Cristo quería aclararle a Nicodemo cuando le dijo: "El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios

George E. Vandeman, en su libro *How to Live with a Tiger* (Cómo convivir con un tigre), presenta una interesante ilustración:

"Supongamos -dice él-, que un día un lobo comience a observar la vida de las ovejas y, después de cierto tiempo, llegue a la conclusión de que el mejor modo de vida es el de las ovejas, y decida juntarse al rebaño. Para ello, se recubre con una piel de oveja y va a convivir con ellas. ¿Cómo piensas que se sentirá el lobo cuando llegue la hora de comer y las ovejas coman con placer la hierba verde? ¿Piensas que disfrutará comiendo hierba? Supongamos, además, que sea un lobo honesto y no quiera, por tanto, volver atrás en la decisión que tomó, ¿creer que pasados cinco o diez años habrá, finalmente, aprendido a gustar de la hierba? No, claro que no, porque él es un lobo, con paladar de lobo y con naturaleza de lobo".

Continuemos imaginando la vida del lobo en medio de las ovejas. Al principio tal vez se esfuerce por vivir exactamente como viven las ovejas, aunque todo eso sea contrario a su naturaleza. Pero el tiempo va pasando, el entusiasmo de la decisión va disminuyendo y, finalmente, después de uno o dos años, ya no consigue continuar atado a un tipo de vida ajeno a su naturaleza. Entonces, un día, mientras las ovejas duermen, se levanta en silencio y se va.

Lejos del rebaño, se despoja de la piel de oveja y vive como lobo, come como lobo y hace, en fin, todo lo que los lobos hacen. Después de haber dado rienda suelta a sus instintos y gustos de lobo, retorna al redil y se coloca nuevamente la piel de oveja, como si nada hubiera pasado. ¿No sucedió nada? Claro que sí, y él lo sabe y llora en silencio por eso.

Un día, no pudiendo soportar más ese tipo de vida, clama desde el fondo de su corazón: "¡Oh, Dios, tú sabes que quiero ser una oveja de verdad, pero tú conoces mi verdadera naturaleza, soy un lobo, nací lobo, no tengo la culpa de haber nacido así. Pero, Dios mío, por favor, no quiero continuar siendo un lobo, quiero transformarme en una oveja de verdad. Haz alguna cosa por mí!". Y Dios hace el milagro de la transformación. Con un toque milagroso, convierte a ese lobo en una oveja de verdad, con corazón de oveja, con paladar de oveja, con mente de oveja.

Eso es, exactamente, lo que Dios promete hacer. "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras injusticias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré mi espíritu dentro de vosotros" (Ezequiel 36:25, 26) San Pedro añade: "Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". (2 San Pedro 1:4)

¿Entiendes, amigo mío? Dios promete darnos una nueva naturaleza, la naturaleza de Cristo, que se complace en amar a Jesús y se deleita en la obediencia.

Eso es la conversión. Elena G. de White lo explica así:

"Por nosotros mismos somos... incapaces de vivir una vida santa... Son muchos los que comprenden su impotencia y anhelan esa vida espiritual que los pondría en armonía con Dios; luchan en vano para obtenerla. En su desesperación claman: '¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?' Alcen las miradas estas personas que luchan presa de la desesperación. Nadie ve la mano que alza la carga, ni contempla la luz que desciende de los atrios celestiales. La bendición viene cuando por la fe el ser se entrega a Dios. Entonces ese poder que ningún ojo humano puede ver, crea una nueva criatura a la imagen de Dios". (El Deseado de todas las gentes, pags. 172, 144)

Un nuevo ser. ¿Lo comprendes? Un ser capaz de amar, un ser que quiere obedecer, un ser que se deleita en hacer la voluntad de Dios. ¿No es una promesa maravillosa? Nadie lo ve; sin embargo, el milagro sucede porque la promesa no es humana, sino divina.

Hay una cosa que deberíamos entender antes de continuar. Deberíamos entender que no todas las conversiones son iguales. Algunas suceden en un instante, un hombre puede ser transformado en dos segundos, pero otras veces ese proceso es gradual y lleva su tiempo. Algunas conversiones están acompañadas por una gran emoción. Otras, no. Esto no significa que la primera sea, necesariamente, más auténtica que la segunda.

Algunos cristianos pueden recordar el momento exacto de su conversión, otros no pueden hacerlo. Saulo de Tarso cayó del caballo y se convirtió, pero no pienses que todas las personas deban caer del caballo para convertirse. Lo que realmente importa es que la mudanza de la naturaleza suceda, entonces la transformación es una realidad; de repente, el lobo se transforma en una oveja genuina.

Me desempeñé durante el primer año de mi ministerio en una villa miseria, en la capital de mi país. Era un cerro habitado mayormente por gente necesitada y carente, pero llegó a ser el escenario de maravillosas conversiones que el Espíritu de Dios realizó.

Cierto día, andando por los estrechos caminos de aquel cerro, fui sorprendido por un perro que comenzó a ladrar. Por falta de experiencia cometí la imprudencia de correr, y en pocos segundos no era uno, sino todos los perros del barrio los que corrían detrás de mí. Asustado tuve que empujar la puerta de una casa y esconderme de los perros enfurecidos. Pero, cuando me di cuenta de dónde estaba, hubiera preferido que los perros me alcanzaran allá afuera. Era un cuarto oscuro y poco ventilado, iluminado por dos velas grandes en el centro de la mesa. Había un olor horrible. Encima de la mesa se podía ver una pequeña montaña de ceniza de cigarros y hojas de coca. En

torno de la mesa había mujeres borrachas y, en el suelo, botellas vacías de bebidas alcohólicas.

En fracción de segundos, me vi rodeado por las mujeres. Les pedí disculpas. Les expliqué que había entrado por causa de los perros, pero no valieron de nada la cortesía y las buenas maneras. Tuve que ser, en cierto modo mal educado y, a la fuerza conseguí salir.

Algunos días después, una de aquellas mujeres me abordó en la calle.

-¿Fue usted el que entró en casa el otro día, perseguido por los perros?

-Si -le dije-, y le pido disculpas una vez más.

-¿Disculpas? -dijo sorprendida, y añadió-. No señor, me parece que somos nosotras las que tenemos que disculparnos.

Le expliqué que era pastor, y que estaba predicando todas las noches en un salón, en la parte alta del cerro, y la invité a asistir a nuestras conferencias.

Aquella noche, para sorpresa mía, estaba allí. Había bebido bastante y durmió durante la predicación. A la noche siguiente regresó, y también a la otra, y a la otra. Siempre embriagada, dormía mientras yo hablaba.

Un día ella me buscó y me dijo, angustiada y oliendo a alcohol: "Pastor, necesito hablar con usted. Mi vida es una tragedia, usted puede pensar que yo no entiendo nada de lo que habla, porque siempre estoy bebida, pero infelizmente, entiendo todo, pastor, y estoy desesperada".

La miré con simpatía. Era fácil ver en su rostro, en sus ojos, en las lágrimas que pugnaban por salir, la tragedia de una vida sin Cristo. Era una alcohólica inveterada.

"Pastor -continuó-, yo tenía una familia bonita, hijos maravillosos, y un marido honesto y trabajador. No vivíamos en la abundancia, pero nunca faltó el pan de cada día, hasta que me envicié en la bebida. No sé cómo sucedió. Llegué a un punto tal que la bebida

era lo más importante en mi vida. A veces mi marido llegaba a la noche, cansado de trabajar, y me encontraba ebria, y a los hijos con hambre y abandonados. Eso fue el comienzo de la desgracia. El comenzó a pegarme, pero ni con eso dejaba de beber. La vida en nuestra casa se hizo insoportable. Un día, mientras él estaba en el trabajo, tuve el coraje de juntar mis ropas y abandonar el hogar, el marido y los hijos, el menor de los cuales tenía apenas dos años. Entonces vine a vivir a este cerro donde, para sobrevivir, me entregué a una vida de promiscuidad y abandono".

Dolía, dolía mucho ver cómo el pecado arruina completamente la vida de una persona y la lleva muchas veces a cometer cosas que la propia persona no entiende después.

"Durante todo este tiempo en que estuve asistiendo a las conferencias -siguió diciendo la mujer-, he sentido que mi vida no puede continuar así, tengo que dejar de beber. Pero, pastor, cuando estoy lúcida me acuerdo de mis hijos y de mi marido, y la angustia se apodera de mí, y entonces, para olvidar, vuelvo a beber y así mi vida entra en un círculo vicioso".

La promesa de Dios es que "él nos libertará de las concupiscencias de este mundo", que "él nos mantendrá sin caída", que "él nos dará una nueva naturaleza", que "él transformará nuestro ser". Y eso fue lo que sucedió con aquella mujer. Desde el fondo del pozo de la desesperación y la culpabilidad, desde las profundidades de la sombra de miseria y angustia, ella clamó a Dios: "¡Oh, Señor! transforma mi ser, cambia el rumbo de mi vida, líbrame de la esclavitud del vicio que me domina, dame una nueva naturaleza". Y Dios la oyó. Nadie lo vio, pero el poder de Dios creó una nueva criatura.

Ella dejó la bebida, pero continuó conviviendo con la tristeza de sentirse abandonada por el marido y los hijos. Era una realidad lacerante, hería las carnes, y hacía sangrar el corazón. Me dolía verla sufrir, y fue por eso que busqué al marido. Era un hombre bueno. Se

levantaba todas las mañanas de madrugada, preparaba la comida para los chicos, y salía para el trabajo. El hijo mayor, de doce años, calentaba después los alimentos para los hermanos menores. El hombre regresaba a su casa de noche, cansado, y todavía tenía que arreglar la casa y lavar la ropa. Era una vida sacrificada.

Fue difícil llegar al tema viendo un cuadro semejante.

Finalmente, después de algunas visitas, le dije que venía en nombre de la esposa. El cambió de actitud. Casi lanzando fuego por los ojos, dijo: "No me hable de esa mujer, ella arruinó mi vida y la vida de mis hijos; en verdad, ella acabó con nuestra vida porque lo que hoy vivimos no es vida".

Los días fueron pasando, y con el tiempo nos hicimos amigos. Le dije que la esposa que lo había abandonado había muerto, que hoy aquella mujer era otra, que ya no bebía más, y que sufría por haber abandonado a la familia.

¡Ah! el Espíritu de Dios consigue cosas que para el hombre son imposibles. Meses después aceptó ver a la esposa. Fijamos una fecha para el encuentro. Aquella noche oré a Dios y le pedí que hiciera un milagro más en la vida de esa mujer, que tocara el corazón de aquel hombre, que reconstruyera el hogar deshecho por el pecado. No sé si lo sabes, pero existen momentos que marcan la vida de uno para siempre. Aquel fue uno de esos momentos en mi vida.

Allí estaba el marido rodeado de los hijos. La mujer se acercó y cayó a los pies de ellos.

-Perdónenme -dijo llorando-, perdónenme, no lo merezco pero, por favor, perdónenme. Ya perdí todos los derechos que tenía, no soy nadie, apenas quiero que me permitan cuidar de ustedes. Seré una sierva, nunca reclamaré nada, sólo quiero estar cerca y cuidar de todos, y hacer todo lo que dejé de hacer...

Fueron momentos dramáticos y emotivos. En el silencio del corazón continué orando.

De repente, el hombre levantó a la mujer, y le preguntó:

-¿Ya no bebes más?

-No, ya hace meses que Cristo me sacó el hábito de beber.

-¿Eso es increíble? -dijo el marido emocionado-. Cuando el pastor me dijo que ya no bebías más, no le creí, quise comprobarlo con mis propios ojos, pero es verdad, ya no bebes más. ¿Dices que fue Cristo quien te sacó el deseo de beber? Entonces, quiero conocer al Cristo que fue capaz de hacer ese milagro.

En ese momento, me di media vuelta y, escondiendo dos lágrimas, me retiré del lugar.

Meses después tuve la alegría de ver bautizados a aquel hombre, a su mujer y al hijo mayor de doce años.

¿Cómo hace Dios la transformación? No lo sé. Pero sé que es capaz de producir el cambio. A lo largo de mi ministerio he visto muchas vidas transformadas. Malvivientes, delincuentes, jóvenes drogadictos, borrachos, hombres y mujeres que parecían no tener ya más esperanza de recuperación. Y si Dios fue capaz de transformar a todos ellos, ¿no podrá transformar también nuestro ser?

"Pastor -me dirás tú-, yo no soy como esos hombres". Yo ya lo sé. Pero Nicodemo tampoco era como ellos y, sin embargo, Cristo le dijo: "Tienes que nacer de nuevo, necesitas que yo cambie tu vida, precisas de una nueva naturaleza". Y Nicodemo pensó que, porque conocía las doctrinas ya había sido convertido, y encontró que aquella declaración de Cristo era una ofensa para él y se fue.

Durante tres años continuó viviendo en medio de la iglesia, llevando siempre el sentimiento de que algo no andaba bien dentro de él. Continuó asistiendo a los cultos, desempeñando sus responsabilidades como dirigente, pero vacío y triste por dentro. Hasta que un día los judíos prendieron a Jesús y lo llevaron a la cima de la montaña del Calvario. Allí su cuerpo fue levantado. Abajo, entre la multitud, estaba Nicodemo, temblando. Y al ver la silueta de Cristo proyectarse en el horizonte, recordó la noche de hacía tres años, cuando Jesús le dijo: "Así como Moisés levantó la serpiente en el

desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". (San Juan 3:14, 15)

Nicodemo no pudo resistir más. Me imagino que se acercó a la cruz. Tal vez, la mirada agonizante de Cristo lo hubiera alcanzado allá abajo, y es posible que Nicodemo clamara:

"Por favor, Jesús, no te vayas. No sin antes transformar mi ser. Dame la nueva naturaleza de que me hablaste aquella noche". El clamor de Nicodemo fue escuchado. Cristo transformó su ser. Y aquel hombre miedoso, que un día buscó a Jesús amparado en las sombras de la noche, no tuvo miedo de confesar públicamente a Cristo como su Salvador. Y junto con José de Arimatea reclamó el cuerpo de Cristo para darle sepultura.

¿No es maravilloso? El milagro de la conversión puede suceder contigo, conmigo, con cualquiera que quiera aceptarlo. Tan sólo es necesario correr a la cruz de Cristo y reconocer tres hechos.

El primero: "Yo soy pecador". No existe nada más difícil para el orgulloso corazón humano que reconocer, no una flaqueza, no un problema de personalidad, sino el pecado. Nada de echar la culpa al factor hereditario, o al ambiente en que fuimos criados, o a la falta de oportunidades que tuvimos. Tenemos que correr a Cristo, y clamar: "Señor, ayúdame, soy pecador. Soy el único responsable, no tengo explicación, solamente quiero ser perdonado".

El segundo es un hecho doloroso: "Yo no puedo". De nada vale querer ser bueno por nuestros propios esfuerzos. La humanidad está enloqueciendo porque habla de "autodisciplina", de "energía interna", de "fuerza mental". La humanidad se olvidó de contemplar a Cristo y está mirando dentro de sí, en busca de soluciones, y sólo encuentra fracaso y frustración. ¡Nada de eso! Miremos a Cristo y digamos: "¡Oh, Señor, ya intenté todo y no conseguí nada! Llevo

dentro de mí una extraña naturaleza que me conduce al pecado. Por favor, ayúdame, porque yo no puedo".

El tercero es el hecho más extraordinario: "¡Dios puede!" Sí, amigo mío. El puede. Miremos a lo alto de la montaña y, como Nicodemo, caigamos a los pies de la cruz, clamando en el silencio del corazón: "Dios mío, por favor, cambia el rumbo de mi vida, dame una nueva naturaleza

La Palabra de Dios dice que el milagro puede suceder. Puede ser ahora, en este momento, mientras este libro está en tus manos. Puede ser que no estés sintiendo el Espíritu de Dios trabajando en tu corazón. **Puede ser que de repente sientas deseos de cerrar el libro y tirarlo a la basura, porque existe algo que se rebela dentro de ti.** Es la naturaleza pecaminosa que no gusta de las cosas verdaderas. Pero la voz de Dios continúa llamando a tu corazón. Tú lo sientes y preguntas: "¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo puede Dios cambiar mi vida en un segundo?" No lo sé, los milagros no tienen explicación, y la conversión es un milagro.

Yo no puedo explicar cómo fue que el agua pura y simple, por el toque maravilloso de Cristo, un segundo después era vino de primera calidad. Ningún químico del mundo lo puede explicar. Los milagros no se explican, se aceptan.

¿Cómo fue posible que un ciego de nacimiento viviera en la oscuridad años y años y, un segundo después del toque divino, pudiera ver? Ningún oftalmólogo lo puede explicar. **Los milagros no se explican..., se aceptan.**

En este momento, ahora mismo, Dios quiere hacer un milagro contigo: El milagro de la conversión. Estoy orando mientras escribo las últimas líneas de este capítulo, orando por ti sin conocerte, pero con la certeza de que dirás en tu corazón: "**Señor, acepto el milagro**".



FUERZA

para cambiar

¿Es posible convivir con un lobo?

-Pastor, me parece que no estoy convertido. Constantemente siento deseo de pecar, Mi vida es un permanente conflicto. Quiero servir a Jesús, pero al mismo tiempo siento deseos de hacer cosas equivocadas. ¿Tiene alguna solución para mí?

Esta pregunta vino de un joven sencillo, de 20 años, de la zona agreste del interior de Pernambuco, aunque podría haber salido de los labios de un empresario de éxito al dirigir su Escort XR3 por la Alameda en Santiago de Chile. El problema es el mismo para hombre o mujeres, jóvenes o adultos, ricos o pobres.

Por alguna razón, tenemos la idea de que en el momento de la conversión nuestra lucha acaba y que, a partir de ese momento, no pecaremos más; seremos perfectos, en el sentido de ser un ejemplo de vida para los demás.

Pero, ¿por qué a partir del momento en que nos entregamos a Cristo nuestra lucha se hace mayor y el conflicto aumenta?

Antes que nada tenemos que entender lo que sucede en el momento de la conversión. Muchos tienen la idea de que en la hora de la conversión Dios saca de nosotros la naturaleza pecaminosa y la tira afuera para siempre, colocando en su

sustitución la nueva naturaleza que se complace en amar y obedecer. Esto no es completamente verdad. Sería maravilloso que fuese así, ya que nunca más tendríamos deseos de pecar. La fuente de la “concupiscencia y de las pasiones de este mundo” no existiría más y, consecuentemente, nuestra vida sería como la de Adán y Eva antes de la caída.

Infelizmente las cosas no suceden así. Al convertirnos, Dios coloca dentro de nosotros una nueva naturaleza, la naturaleza de Cristo. Pero, ¿Qué es lo que sucede con la vieja naturaleza pecaminosa, la naturaleza del lobo? Ella no sale, no desaparece como muchos piensan. Queda ahí, agonizante. “Aquella porción de nuestras vidas que amaba el pecado, quedó plasmada y mortalmente herida” (Romanos 6:6) afirma el apóstol. ¿Y ahora? Ahora pasamos a ser personas con dos naturalezas: la naturaleza de Cristo, nueva, recién instalada, y la vieja naturaleza pecaminosa “aplastada y mortalmente herida”, que continúa dentro de nosotros.

El ideal sería que la vieja naturaleza permaneciese siempre “mortalmente herida”. Pero esa situación no es definitiva, es circunstancial. En la primera oportunidad en que reciba alimento, resucitará, y si continúa siendo alimentada, recuperará completamente las fuerzas y luchará para expulsar de nuestra vida a la nueva naturaleza.

Es por eso que después de la conversión la lucha aumente. Existe mucho más conflicto en una persona después de su conversión de lo que existía antes de ella. ¿Te sorprende? Intenta entender lo que estoy diciendo. Después de aceptar a Jesús puedes esperar una lucha mayor en tu corazón, un conflicto interno, que muchas veces te llevará a la desesperación, si es que no haces un alto para entender el problema.

El asunto es simple. El hombre sin Cristo tiene una sola naturaleza, la naturaleza con que nació, y esa naturaleza hace las cosas equivocadas en el momento que quiere. No existe nadie para oponérsele. No existe lucha, no hay conflicto.

Pero tú entregaste tu vida a Cristo, experimentaste el milagro de la conversión, tienes ahora una nueva naturaleza que se opone a la vieja. ¿Entiendes ahora por qué la vida de un hombre inconverso puede parecer más fácil? Ese hombre tiene una sola naturaleza y ella sume el control de su vida, sin oposición. Pero enseguida después de la conversión, cuando el hombre piensa que la vieja naturaleza desapareció, descubre que continúa dentro y el conflicto comienza.

Ahora tiene dos naturalezas y las dos están luchando.

¿Conoces la historia de San Pablo? Hubo un momento en su vida en que llegó al borde la locura. En su carta a los cristianos de Roma, les dice: “No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, y en cambio aquello que odio es precisamente lo que hago... Así que ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que está en mí... Así pues me pasa esto... En mi interior me gusta la ley de Dios, pero veo en mí algo que se opone a mi capacidad de razonar: es la ley del pecado, que está en mí y que me tiene preso”. (Romanos 7:15-23)

¿Entiendes, amigo mío? Dos naturalezas, dos fuerzas que luchaban dentro del apóstol Pablo. Un conflicto que lo llevó a la desesperación, porque en el versículo siguiente clamó: “¡Qué triste es el estado en que me encuentro! ¿Quién me libertará de la esclavitud de esta mortífera naturaleza pecadora?” (Romanos 7:24)

Ahora pregunto, ¿en el momento en que Pablo escribió la carta a los Romanos estaba o no estaba convertido? Claro que

estaba. Había sido convertido allá en el camino a Damasco, cuando se encontró con Jesús cayó del caballo. Sin embargo, aquí está la experiencia de un hombre convertido que sentía dentro de sí el conflicto que produce la lucha de las dos naturalezas.

No te preocupes, amigo, a causa de la tensión y del conflicto que vienen después de tu conversión. Dos naturalezas, ¿entiendes? Tú y yo somos hombres con dos naturalezas, y ellas no gustan una de la otra. El apóstol Pablo consiguió un día entender este conflicto, y entonces escribió: “Esto es lo que quiero decir: Dejen que el Espíritu de Dios dirija sus vidas, y no obedezcan los deseos de la naturaleza humana. Porque lo que nuestra naturaleza humana desea es contra lo que el Espíritu quiere, y lo que el Espíritu quiere es contra lo que la naturaleza humana desea. Los dos son enemigos, y por eso ustedes no pueden hacer lo que quieren” (Gálatas 5:16-17)

“Pastor –dirás tú-, ¿quiere decir que toda mi vida va a ser una vida de conflicto?” No necesariamente, eso va a depender de tu decisión. Las dos naturalezas están luchando hoy, pero finalmente una de ellas vencerá. Una de ellas asumirá el control completo de tu vida. Una de ellas sobrevivirá y la otra morirá. ¿Cuál de ellas será la victoriosa? También eso va a depender de tu decisión.

Vamos a ilustrar este asunto de la siguiente manera. Supongamos que en la pista de un circo están sueltas dos fieras, envueltas en una lucha a muerte. Los empresarios del circo separan a las fieras y las colocan en diferentes jaulas. Una de ellas es bien alimentada, recibe comida y agua en abundancia. La otra es dejada en el olvido total. Alguna que otra vez alguien le da tan sólo un bocado de alimento, lo suficiente para que no muera. Cuando llegue el momento de la confrontación, ¿cuál de ellas vencerá?

¿Existe alguna duda?

Sabes bien qué será la que fue mejor alimentada, ¿no es así?

Eso es lo que acontece en la lucha que traban las dos naturalezas para obtener el control de nuestra vida. Solamente una de ellas asumirá, finalmente, por completo, el dominio del territorio. Y sin duda será la que haya sido mejor alimentada.

Ocurre que los seres humanos, generalmente, alimentan más la naturaleza pecaminosa y esa es la causa de nuestro fracaso constante, y eso aun después de nuestra entrega a Cristo.

Dios realizó en nosotros el milagro de la conversión, implantó en nuestro corazón la nueva naturaleza, pero nosotros no la cuidamos, no la alimentamos y, en consecuencia, la vieja naturaleza está siempre tomando el control de nuestra vida.

¿Cómo se hace para alimentar las naturalezas? A través de los cinco sentidos. Todo lo que entra en nuestra mente a través de los sentidos es alimento para una u otra naturaleza.

Especialmente aquello que nos llega a través de la visión y de la audición. Por eso necesitamos ser cuidadosos en la elección de los programas a los que asistimos, de lo que vemos, de las revistas y libros que leemos, de las conversaciones de las cuales participamos, y de las músicas que oímos.

Es verdad que mientras estamos en este mundo, incluso sin quererlo, siempre se estará filtrando comida para la naturaleza mala. Yo no puedo evitar oír una música que inspira sentimientos negativos mientras estoy en el ómnibus (autobús), o en el lugar de mi trabajo, por fuerza de las circunstancias. Tampoco puede evitar que aparezca una imagen negativa mientras leo o veo el noticiero. Es imposible dejar de oír conversaciones poco edificantes en la

escuela o en la calle. Pero puedo evitar colocar voluntariamente este tipo de “alimentos” en mi mente. Es inevitable que de cuando en cuando pasen “migajas” para la naturaleza mala. Pero puedo evitar que entre en ella el “bife de lomo”. Puedo evitar el alimentarla consciente y voluntariamente.

En realidad nuestra victoria y, en consecuencia nuestra felicidad en la vida cristiana, dependen en cierto modo de aprender a convivir con ambas naturalezas. ¿Cómo? Alimentando la naturaleza de Cristo y matando de hambre a la otra. Eso es lo que San Pablo dice cuando afirma que “los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24)

En los tiempos de Cristo, cuando un hombre era crucificado, era declarado legalmente ejecutado y muerto, pero en realidad continuaba vivo en la cruz, sufriendo y agonizando. A veces los parientes o los amigos venían de noche y rescataban el cuerpo del ejecutado, cuidaban de él y el hombre volvía a vivir, y muchas veces reincidía en su vida de delincuencia y crimen.

Lo que San Pablo está queriendo decir es que tenemos que mantener nuestra vieja naturaleza clavada en la cruz. No dejar que ella descienda, y mucho menos cuidar de ella y alimentarla.

“Bien, pastor –dirás tú-, ¿hasta cuándo tendré que convivir con esa lucha de las dos naturalezas?”

Mientras estemos en este mundo no hay modo de librarnos de ella completamente, aunque podemos hacer que la lucha sea más fácil dejando de alimentar a la naturaleza mala. Podemos mantenerla “mortalmente herida y agonizante”, pero arrojarla fuera de nuestro ser, no. Hasta una cristiana victoriosa como la escritora Elena de White declaró: “No podemos decir ‘Yo no tengo pecado’ mientras este cuerpo vil no sea mudado y transformado a la imagen

del cuerpo glorioso de Cristo” (Signs of the Times, 23 de marzo de 1888).

Pero, gracias a Dios, existe una promesa maravillosa: “Les digo, hermanos míos: un cuerpo terreno, hecho de carne y sangre, no puede entrar en el reino de Dios. Estos cuerpos mortales que tenemos no son del tipo adecuado para vivir eternamente. No obstante, les voy a revelar ahora un extraño y maravilloso secreto: ¡No todos moriremos, pero todos recibiremos nuevos cuerpos! Todo acontecerá en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, cuando suene la trompeta final. Porque vendrá del cielo un toque de trompeta, y todos los cristianos que hayan muerto, de repente volverán a vivir, con cuerpos nuevos que jamás morirán; y entonces, nosotros, los que aún estamos vivos, también recibiremos, súbitamente, nuevos cuerpos. Porque nuestros cuerpos terrenos los que tenemos ahora y que no son mortales, serán transformados en cuerpos celestiales que no pueden pecar, sino que vivirán para siempre. Cuando eso suceda, finalmente, se cumplirá la siguiente profecía: ‘¡La muerte fue tragada en la victoria! ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón? Porque el pecado, que es el aguijón que usa la muerte, habrá desaparecido completamente’”. (1 Corintios 15:50-54)

¿No es maravilloso? Un nuevo cuerpo. Sin naturaleza pecaminosa. Por fin Dios arrancará la vieja naturaleza que tenemos y la arrojará afuera, para siempre. Ahí sí ya no habrá más lucha, más conflicto interior, más deseos de pecar. Volveremos a ser hombres con una sola naturaleza, la de Cristo, perfecta y que se deleita en amar, en obedecer y andar en los caminos de Dios.

Mientras ese día no llegue, vamos a tener que aprender a convivir con la vieja naturaleza, matándola de hambre, desnutriéndola, asfixiándola y alimentando contantemente la nueva

naturaleza. Ese fue el secreto que descubrió un día el apóstol Pablo.

Algunos años después de escribir el desesperado capítulo siete de la epístola a los Romanos, Pablo escribió a los Filipenses y les dijo: “Y ahora, hermanos, antes de terminar esta carta, quiero decirles una cosa más: Centren sus pensamientos en lo que es verdadero, bueno y justo. Piensen en cosas que sean puras y agradables”. (Filipenses 4:8)

Pablo está hablando del alimento que debemos dar a la nueva naturaleza, ¿te das cuenta? El apóstol había descubierto el secreto de la vida victoriosa. No alimentaba ya a la naturaleza vieja. La naturaleza de Cristo había asumido ahora el control de su vida. “Yo mismo no vivo más; sí, Cristo es el que ahora vive en mí”. (Gálatas 2:20)

Y a medida que los años pasaron, su vieja naturaleza quedó cada vez más débil, de tal modo que cuando llegó el momento de su muerte, exclamó: “Mucho tiempo luché incansablemente y en medio de todo me conservé fiel al Señor. Ahora llegó la hora de dejar de luchar y descansar: Vencí. Allá en el cielo me espera una corona, la cual el Señor me dará en el día de su regreso”. (2 Timoteo 4:6-8)

¡Ah! Mi querido lector, ¡Cuán bueno es ver el final de la vida de San Pablo! “Vencí”, dice él, “Conseguí”, “alcancé”. Me emociono al pensar en tales palabras. ¿Quiere decir que yo también puedo vencer? Sí, así es, amigo mío. Tú y yo también podemos. Cristo garantizó nuestra victoria en la cruz. El está más cerca de ti en las horas de la lucha. Cuando pienses que todo el mundo te abandonó, que nunca lo conseguirás, que eres un fracaso completo, acuérdate de que él está ahí, amándote, perdonándote

sustentándote. “Porque Dios estará operando en ustedes, ayudándoles a desear obedecerlo, y después ayudándolos a hacer aquello que él quiere”. (Filipenses 2:13)

Todo es cuestión de tiempo. El vendrá y no tardará, y entonces la victoria será definitiva y eterna.

“Señor, quiero agradecerte por la promesa de que un día la lucha acabará. Ayúdame, mientras esté en este mundo, a alimentar la naturaleza de Cristo y a matar de hambre la naturaleza carnal. Esa es mi parte, Señor, lo sé, pero no siempre lo consigo. Por favor, ven y haz por mí lo que yo soy incapaz de hacer por mí mismo. Amén”.



FUERZA

para hacer amigos

Los amigos se defienden entre si

En el capítulo anterior vimos que dentro de nosotros existen dos naturalezas luchando entre sí para obtener el control de nuestra vida. El enemigo hará todo lo que pueda para que la naturaleza pecaminosa venga y nos empuje al pecado. El blanco al cual apunta es nuestra mente porque ella constituye y representa nuestra voluntad. El territorio de nuestra mente es el campo de batalla. Si logra conquistar nuestra mente, conquistara nuestra vida por eso hará todo lo posible y lo imposible para capturarla, Usará drogas, alcohol, cigarrillos, sexo, teorías, filosofías. No importa el método, no importa la hora, no importa el precio. Su lema es vencer, derrotar y arruinar. Tú mismo descubrirás que la lucha no es fácil, que hay momentos en tu vida en que te sientes como una pequeña planta en medio del desierto intentando resistir el huracán que te llevará a la destrucción.

¿Qué hacer? ¿Tiene Dios alguna solución? Claro que la tiene. San pablo dice “Quiero Recordarles que ustedes deben ser fortalecidos con el inmenso poder del señor Vístanse de toda armadura de Dios, a fin de que puedan permanecer a salvo de las tácticas y de las artimañas de Satanás. Porque nosotros no estamos luchando contra gente hecha de carne, sino contra personas sin cuerpo, los reyes malignos del mundo invisible, esos poderosos seres satánicos y grandes príncipes malignos de las tinieblas”. (Efesios 6:10)

¿Lo ves? Podemos ser revertidos del poder de Dios Pero la lucha no cesara porque nuestro enemigo es invisible, astuto,

cobarde y persistente. También es traicionero. Nunca muestra la cara. Se disfraza, se esconde y usa como instrumento para llegar a controlar nuestra vida algo muy sutil llamado tentación.

¿Qué es la tentación? Es todo esfuerzo que el enemigo hace para llevarnos a pecar. Pero la tentación no es pecado. Nadie debe sentirse pecador por el hecho de sentir la tentación. Si estas acostado en la cama y repentinamente aparece un pensamiento pecaminoso en tu mente, no tienes que pensar que estás perdido, ni te vas a condenar por el hecho de haber aparecido por uno o dos segundos un pensamiento negativo. Elena de White tiene una ilustración muy sencilla a ese respecto: “Tú no puedes impedir – dice ella- que los pájaros vuelen sobre tu cabeza pero puedes impedir que ellos hagan nido en ella”.

Existen muchas variedades clases de tentaciones. En realidad Satanás tiene una fábrica en la que prepara tentaciones personalizadas. Cada una está especialmente diseñada para un individuo, y un individuo, y el enemigo conoce muy bien el lado débil de cada ser humano. Para uno puede ser el alcohol para otro la envidia, para otros las drogas, para otros la deformación del sexo, En fin, nuestra lucha es contra un ser inteligente. Un ser que conoce nuestros orígenes, el ambiente en que crecimos, la herencia que recibimos de nuestros padres. Hará todo lo posible para engañarnos. Se esconderá detrás de una música sensual, detrás de una mujer bonita, de un joven maravilloso, de una teoría fascinante. Si fuere preciso se vestirá de luz. Para sus propósitos, vale todo. El fin justifica los medios.

Pero todo lo que haga para engañarte es tan solo tentación, y la tentación no es pecado.

El enemigo nunca podrá vencer a menos de que cuente con la colaboración del ser humano. Puede hacer lo que quiera. Puede rodear nuestra vida de tentaciones. De voces, muchas voces. Dinero, gloria, fama, placer, luces, muchas luces. Lo que quiera. Todo eso no pasa de ser tentación. El no puede obligarnos a pecar.

Si caemos es porque aceptamos caer. Es porque cedemos voluntariamente a los hechizos de la tentación. “por intensa que sea la presión que reciba sobre el ser, la transgresión es siempre un asunto nuestro, No puede la tierra ni el infierno obligar a nadie que le haga mal. Satanás nos ataca en nuestros puntos débiles, pero no es preciso que nos venza. Por severo o inesperado que sea el asalto, Dios ha provisto ayuda para nosotros y mediante su poder podemos ser vencedores”. (Patriarcas y Profetas, pag. 446)

Podemos ilustrar la diferencia entre la tentación y el pecado con el teléfono. El teléfono puede llamar. La tentación es el teléfono llamando. El pecado se hace efectivo se atiendes. Si no atiendes, no existe pecado. Pero el teléfono continúa llamando. ¿Molesta? Claro que incomoda, pero no deja de ser una simple tentación.

Consideremos ahora algunas sugerencias que pueden ser útiles al enfrentarnos a la tentación: Cuando la tentación te asalte, trata de pensar en otra cosa. Ya explicamos que la batalla se traba para ocupar el territorio de la mente, por lo tanto, coloca en tu mente promesas bíblicas.

Hay una ley física que dice que un espacio vacío sólo puede ser ocupado por un cuerpo al mismo tiempo. El espacio es nuestra mente y ella nunca puede estar en blanco. Cada vez que la tentación venga. Pide el socorro divino. Repite un salmo de memoria y canta un himno, repite un versículo de la biblia. Coloca sus pensamientos y promesas en tu mente. De acuerdo con la ley física, la tentación, no tendrá chance.

Lo que no podemos permitir es que el pensamiento negativo. Llamado tentación, permanezca en nuestra mente más de dos segundos. No debemos acariciarlo no debemos deleitarnos en él. Porque entonces la tentación se transforma en pecado. Primero en forma de deseo pecaminoso, que nos conducirá al vicio.

Otro asunto que debemos recordar es que el período crítico de la tentación no dura más de tres minutos. Toda la tentación tiene

un proceso. Comienza de a poco y va atacando y atacando cada vez con más fuerza la puerta de la ciudadela de nuestra mente. Hay un momento en que parece que va a hacer imposible resistir. Pero con toda tentación llega al punto máximo ¿recuerdas el ejemplo del teléfono? Suena, y suena, y si no atiendes, deja de sonar. Lo bueno de todo esto es que después de pasar la embestida de la tentación. Puedes quedar mucho más fuerte. Cada vez que somos tentados, vencemos o fracasamos, conquistamos o somos conquistados. La respuesta que demos a la tentación puede dejarnos más fuertes o más débiles y vulnerables cuando llegue la próxima tentación.

Y ahora, he aquí la sugerencia más importante: No te mires a ti mismo, mira a Cristo. Esto es básico, porque el resultado final dependerá de quién es el que ocupa nuestros pensamientos. Mirarnos a nosotros mismos sólo traerá fracasos y frustración. En esto consiste la tragedia de la humanidad. El mundo dice: “Mírese a usted mismo”, “Descubra su potencial”, “Concéntrese para conseguir la Fuerza Mental”, “Descúbrase a sí mismo”, “Aproveche su energía interna”. Pero dentro de nosotros sólo existe angustia, vacío, desequilibrio y, muchas veces desesperación.

Dios tiene un camino mejor. El nos pide que miremos a Cristo. Este es un camino sencillo, pero seguro.

Se cuenta la historia de cierto faquir de la India, que oro, Las personas corrieron a ver al extraño visitante. El hombre colocó un poco de agua en un plato grande añadió algunas gotas de tinta y comenzó a mover el plato en círculos, repitiendo algunas palabras mágicas.

En un momento en el cual la atención del público estaba distraída, el faquir dejó caer de su manga un pedazo de oro dentro del plato. Después sacó el agua y mostró a todos el pedazo de oro. Todo el mundo miraba incrédulo. Un comerciante de la ciudad quiso comprar la fórmula por quinientos dólares y el faquir se la vendió. “Pero -le explicó-usted no puede pensar en el mono de cara

colorada cuando esté moviendo el plato, porque si usted piensa en ese momento en él, el oro nunca aparecerá”.

El comerciante prometió que “recordaría siempre que debía olvidar al mono”, pero cuanto más se esforzaba por olvidarlo tanto más fuerte quedaba en su mente la imagen del macaco de rostro colorado. Y así nunca consiguió el ambicionado oro.

¿No te parece familiar Este hecho? ¿No te parece que cuando mas queremos olvidar nuestros errores, cuando más queremos echar fuera la tentación, más se aferra? Mira a Cristo, que él ocupe el espacio completo de tu mente a través de las promesas bíblicas.

Tengo un incidente que marco mi vida de niño. Debía tener seis o siete años en aquella época. En la escuela todos los chicos tenían más o menos mi edad. Solo había dos grandes, de dieciséis años. Uno de ellos era muy malo, nos pegaba y nos sacaba las cosas por la fuerza.

Mi madre acostumbrada a darme cada día veinte centavos para la merienda. Veinte centavos en aquella época alcanzaba para comprar un helado de frutilla, y aún quedaba un poco para comprar maní tostado. Tengo la impresión de que cada día me levantaba con una tremenda ansiedad de ir a la escuela ante la perspectiva del helado y del maní, y no por el deseo del aprendizaje. Un helado era la mayor alegría para un niño de seis años.

Un día, mientras iba a la escuela, aquel muchacho malo me salió al encuentro y me pidió la moneda. Resistí pero él me doblo el brazo y, a la fuerza, me saco mi monedita.

“¿Estás viendo a aquel hombre sin un brazo?”, me dijo después señalando a un muchacho manco que vivía en el barrio “¿Sabes por qué no tiene brazo?” Yo se lo corté. Y si tú le cuentas a tu mamá o a la maestra que te saqué la moneda, te lo corto también a ti”.

Allí comenzó mi tragedia. Día tras día le entregaba la monedita. Eso producía una rebelión dentro de mí. Lo peor de todo

era que no podía avisar a nadie pues no quería perder el brazo. Me transformé en un niño triste, lloraba a la noche sintiéndome solito. No tenía más motivación para ir a la escuela. A veces, a la hora del recreo, aquel muchachón compraba un helado con mi dinero y lo tomaba cerca de mí riéndose y haciéndome sufrir. ¿Qué podía hacer un niño de seis años contra un muchacho de dieciséis?

Cierto día, a la hora del recreo, estaba contemplando como jugaban los demás niños, cuando aquel matón le pegó a uno de ellos. En aquel momento apareció el otro muchacho grande de la escuela y le dio una bofetada. Para mi sorpresa, el matón no tuvo coraje de enfrentarlo.

En ese momento una idea brillo en mi mente. Busqué al otro chico y le dije: “¿Te gustaría ganar diez centavos todos los días?” Y le conté toda la historia. El chico prometió protegerme. Convinimos en que al día siguiente él me esperaría en el lugar donde el matón me aguardaba diariamente.

Aquella noche casi no dormí, “mañana -pensaba- será mi gran día. Nunca más alguien va a sacármelo que es mío”

Al día siguiente me levante temprano, recibí la moneda de mi madre y me dirigí a la escuela. Allí, en el lugar de siempre, estaba el muchacho perverso esperándome. Esta vez no lo miré. Seguí el camino, pero él me alcanzo y me pidió la moneda.

“¡Nunca más! ¿Lo oíste? Nunca más voy a darte la moneda”, le dije, mirándolo desafiante a los ojos.

Mi verdugo casi no podría creer lo que oía. Comenzó a doblarme el brazo. Pero en aquel instante, del otro lado de la calle, salió mi amigo y entre los dos le dimos una zurra al matón.

¿Te estás riendo? También yo me rio hoy, pero tiemblo todavía cuando pienso en las horas de angustia e impotencia que un niño de seis años vivió.

Todos nosotros somos como niños, y el diablo es aquel muchachote de dieciséis años. A veces él viene y nos arrebató, no la ilusión de un helado, sino la alegría de la vida. Derrumba

nuestros castillos, nuestros sueños, hace trizas nuestros planes. Nos roba los valores morales, el respeto propio, nos quita la paz y el equilibrio interno y se ríe, se ríe porque se considera victorioso y su carcajada es como una bofetada en el rostro de Cristo.

A veces juega con nosotros, como el gato con el ratón. Nos deja escapar un poco, nos deja pensar que estamos libres, para después atacar con fuerza y herir, magullar y humillar.

¿Por qué? ¿Por qué eso tiene que ser así?

Del otro lado de la calle, allí en la montaña solitaria fue colgado un Dios hombre, no sólo para darnos perdón sino también para darnos poder. Cuando el murió, el enemigo pensó que había vencido, pero al tercer día resurgió de las entrañas de la tierra un Cristo victorioso. Resucito hoy vive. Vive para dar poder. Mira la tumba vacía. Mira hacia el cielo y contempla al gigante de la historia dispuesto a vencer en tu favor. ¡Cristo venció! Venció a su enemigo en el desierto. Lo venció en la cruz. Lo venció en la muerte. Sólo le queda vencerlo en nuestro corazón. Y esa es una decisión nuestra. El no puede vencerlo en nuestro corazón si no se lo permitimos.

Nuestro enemigo es un enemigo vencido. Está luchando desesperadamente, “como león que rugiente buscando a quien devorar, sabiendo que le queda poco tiempo”, porque él reconoce que está vencido.

Cuenta una antigua leyenda que un guerrero estaba luchando en la batalla, sin la cabeza, decapitado, pero estaba tan enfervorizado en la lucha que incluso sin cabeza estaba matando a mucha gente; hasta que alguien lo miró y le dijo: “Tú estás sin cabeza. Tú estás muerto” Entonces el guerrero cayó y dejó de luchar.

Y es exactamente así amigo mío. Estamos luchando contra un enemigo sin cabeza, Cristo ya lo venció, ¿Vencerá también en tu corazón? Tú nunca estás solo.

“Satanás no puede soportar que se apele a su poderoso rival, pues teme y tiembla ante su fuerza y majestad de la oración ferviente... Y cuando los ángeles todopoderosos, vestidos con la armadura del cielo, acuden en ayuda de la persona desfalleciente, perseguida, Satanás y su hueste retroceden, pues saben bien que su batalla está perdida”. (Mensajes para los jóvenes, pág. 51)

“Clama al señor, alma tentada, Échate, impotente, indigna, en los brazos de Jesús, y echa mano de su autentica promesa. El Señor oirá. El sabe cuán fuertes son las inclinaciones del corazón natural, y ayudará en cada momento de tentación”. (Mensaje para los jóvenes pág. 65)



FUERZA

para alcanzar la perfección

¿Es posible ser perfecto?

Conocí a Ricardo en Vitoria, capital del estado brasileño de Espíritu Santo, mientras dirigía, reuniones espirituales. Me buscó en el hotel cierta noche, después de haberme oído predicar sobre el tema de la lucha de las naturalezas.

“Pastor -me dijo-. Pienso que en cierto modo Dios es injusto al pedirnos la perfección. El sabe que nacemos con una naturaleza pecaminosa y que eso es lo que nos lleva constantemente a pecar. ¡Hice ya tantas cosas impropias en la vida! No encuentro la manera de ser perfecto”.

Para entender este asunto de la perfección es preciso analizar la vida de algunos hombres que Dios consideró perfectos.

De Enoc, por ejemplo, la Biblia dice: “Caminó pues Enoc con Dios, y desapareció. Porque lo llevó Dios”. (Génesis 5:24). Si Dios decide llevar a alguien al cielo debe ser porque era perfecto. ¿No te parece? Pero, ¿Cuál fue el motivo por el que Dios llevó a Enoc consigo? La Biblia responde; “Caminó Enoc con Dios”.

Analicemos el caso de Noé. Las Escrituras afirman que Noé, varón justo era perfecto entre sus contemporáneos”. (Génesis 16:9)¿No sería maravilloso si un día Dios dijese de ti “Este es un joven justo e integro”, o “Esta es una joven integra”? ¿No es eso lo que te gustaría ser? Pero, ¿Por que fue Noé considerado un hombre justo integro? La biblia responde: “Con Dios caminó Noé”

¿Te Acuerdas de Abraham? Se lo llama “El padre de la fe”
¿Sabías que un día Dios se le apareció y le dijo: “Yo Soy el Dios todopoderoso: anda delante de mí y se perfecto”? (Génesis 17:1)
¿Comprendiste? Todo lo que Dios esperaba de Abraham era que anduviese con él. El resultado de eso sería una vida de perfección.

¿Y qué Decir de David? La biblia afirma que David fue un “hombre conforme el corazón de Dios”, ¡Ah, si un día Él pudiese decir eso de nosotros! ¿Qué más podríamos esperar? Pero. ¿Por qué se transformó David en “un hombre conforme el corazón de Dios”? ¿Cuál era la mayor obsesión de la vida de David? “Andaré delante de Jehová en la tierra de los vivientes”. (Salmos 116:9)

¿Te diste cuenta que existe un frase que es el común denominador en la vida de todos los hombres mencionados? “Anduvo con Dios”. Todos ellos fueron perfectos porque anduvieron con Dios. Existía una relación maravillosa de amor entre Dios y ellos. En su experiencia habían llegado al punto de no poder vivir separados de Dios. Por eso Dios los consideró perfectos, santos justos, íntegros y rectos.

Lo interesante es que siempre hay alguna cosa curiosa en la vida de todos ellos. Noé se quedo un día embriagado a tal punto que se sacó las ropas y quedó desnudo, avergonzando a toda su familia, ¿ya hiciste eso alguna vez? Y Noé lo hizo Y Dios dice que “era justo e integro entre sus contemporáneos”.

Abraham un día fue tan cobarde que tuvo miedo de decir que Sara era su muer y, afirmando que era su hermana, casi empujó a Faraón al adulterio. Los resultados hubieran sido terribles si Dios aquella noche no hubiera intervenido milagrosamente. Fue una actitud cobarde la de Abraham. Pero ¿sabes lo que Dios dice de

él?: “Abraham era perfecto”, El apóstol San Pablo hasta lo llama el “padre de la fe”.

¿Y qué decir de David? Cayó profundamente en el pecado. Se sumergió en las turbas aguas del asesinato, de la intriga y del adulterio. ¿Ya hiciste alguna vez lo que hizo David? ¿Nunca? David lo hizo y ¿Sabes lo que la biblia dice de él?: David era un hombre “conforme el corazón de Dios”

Hay algo maravilloso que Dios está queriendo decirnos a través de la experiencia de todos estos hombres algo grandiosos que revolucionará nuestra vida y nos mostrará un horizonte infinito de esperanza.

Para los seres humanos, una persona es perfecta, santa, justa e integra cuando nunca comete un pecado, cuando, hace todo acertadamente, cuando todas las normas, leyes y reglamentos.

Para Dios, una persona es perfecta cuando se dispone a andar con él. Cuando hace de Cristo lo más importante de su vida. Cuando comprende todo lo que Cristo hizo en la cruz por él y clama pidiendo un nuevo corazón, capaz de amar; cuando siente dolor por todo el sufrimiento que causó a Cristo con sus errores pasados, y al mirar a la cruz se enamora de Cristo al punto de decir: ¡Oh, señor Jesús, te amo. Te amo tanto que sin ti la vida no tendría sentido. ¡Ayúdame a andar contigo!”

En ese momento el maravilloso Dios de amor derrama lagrimas de alegría y toma firmemente la débil mano del hombre con su mano poderosa. Y en el instante de ese toque, nuestro pasado quedo borrado para siempre, no importa si fuimos borrachos o cobardes, adúlteros o asesinos, todo queda enterrado. Por que en aquel momento pasamos a ocupar el lugar de Cristo. Él nos ofrece sus méritos, su vida victoriosa, su carácter perfecto y al

mismo tiempo toma sobre sí los pecados y sufre el castigo que merecemos por causa de ellos.

A partir de ese momento comienza la más extraordinaria y hermosa de las experiencias: la experiencia maravillosa de andar con Cristo.

Naturalmente, el amor es básico en esta experiencia por que no se puede convivir y ser feliz con una persona a quien no se ama.

Nuestra tragedia consiste, a veces, en que medimos y calculamos la perfección tomando en consideración sólo nuestra capacidad de obedecer los principios de una iglesia o las normas de un libro.

Dios mide nuestra perfección, principalmente, en razón del tipo de relación que tenemos con Él.

Al iniciar nuestra caminata con Cristo descubriremos inmediatamente que existen muchas cosas que le gustan a Él, pero no nos gusta a nosotros. Y otras cosas que nos gustan a nosotros, pero no le gustan a Él. ¿Qué hacer en una circunstancia semejante? Estamos frente a un atolladero. ¿Qué hacer?

Aquí nuevamente entra el amor como solución para el problema.

Cuando era niño no me gustaba la papaya. Era una fruta que no presentaba ningún atractivo para mí incluso una vez probé un pedazo, pero no me gusto. Sucede que un día conocí a una señorita extraordinaria que hoy es mi esposa. Comencé a quererla y después de un tiempo de noviazgo nos casamos. Nunca olvidaré el primer desayuno que preparó en nuestra casa. Al salir del dormitorio encontré la mesa preparada hermosamente con un arreglo especial, y allí, en el centro, una enorme papaya. Ella estaba del otro lado de la mesa con un brillo de expectativa en los ojos, como preguntándose a sí misma: “¿Le gustará?” ocupamos nuestros lugares alrededor de la mesa, y después de pedir la

bendición partió la papaya y colocó la mitad en mi plato. La miré a ella. Otra vez miré la fruta. Tuve ganas de decir: “Muchas gracias, no me gusta la papaya”, pero no fui capaz. Yo la amaba. No tuve el coraje de chasquearla. Tomé la fruta y prácticamente la tragué.

Al día siguiente, al salir del dormitorio, quedé paralizado. Allí en el centro de la mesa había de nuevo una papaya. Miré a mi esposa y le dije: -“Parece que te gusta mucho la papaya”. Y ella, con la mayor naturalidad del mundo, respondió: “Para mí prácticamente no existe desayuno sin papaya, querido”.

En fracción de segundos me imaginé toda mi vida comiendo papaya. Pero al mirar el rostro de mi esposa y ver su sonrisa de satisfacción, sentí una alegría íntima en el corazón. Yo amaba a mi esposa. ¿Qué importancia tenía el hecho de comer papaya, comparada con la alegría de verla feliz?

¿Entiendes lo que estoy queriendo decirte? El día que nos enamoramos de Cristo, el día que llegamos a amarlo con todo nuestro corazón, la cosa que más anhelaremos será verlo sonreír. Sin duda habrá cosas que lo dejarán feliz a él, que nosotros, con nuestra naturaleza pecaminosa, no nos gusta hacer. No estoy diciendo que sea fácil perder el gusto por las cosas que estábamos acostumbrados a hacer, o aprender. A hacer aquellas. No estoy diciendo que sea fácil perder el gusto por las cosas que estábamos acostumbrados a hacer, o aprender a hacer aquellas cosas que no nos gusta. Habrá un precio que tendremos que pagar y planes que tendremos que olvidar. Muchas veces exigirá esfuerzo, sacrificio y sufrimiento, pero todo eso tendrá sentido si lo hacemos a la persona de Jesús por amor.

Un día el profeta Miqueas explicó la manera correcta de andar con Dios: “Oh hombre, Él te ha declarado lo que es bueno, y

qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y andar humildemente ante tu Dios””’. (Miqueas 6:8)

Advierte que la cuestión no es simplemente andar con Dios. Lo importante es andar “humildemente” con Él. Es Él quien dirige. Es Él quien señala el camino. Es Él quien dice como serán mejor las cosas para ambos. Yo lo amo acepto su consejo porque Él sabe lo que es bueno para mí. No soy yo quien dirige el viaje, no soy yo quien debe llevar a Dios por donde me parece que debo ir. Solamente me tomo de su mano y voy. Él es mi padre, mi amigo, mi hermano, mi principio, mi fin, Él es todo. Yo tan sólo me abandono en sus brazos de amor y voy. Sigo por donde él quiere, y hago lo que Él diga. Al final de cuentas es Él quien conoce el camino, y lo que más desea es que yo sea feliz.

Todo esto tiene sentido únicamente cuando existe amor. La vida toda es movida o motivada por el amor de Cristo. Si no existe una relación de amor entre Cristo y nosotros, la vida se torna vacía, hueca. El cristiano se transforma entonces en un fardo, en una pesada carga de prohibiciones y deberes. Podemos cargarla uno, dos o veinte años pero un día llegamos al límite y la largamos o quizá nos transformamos en zombis, hombres sin vida, maquinas que cargan el fardo, que cumplen, que obedecen, pero que apenas son maquinas, sin alegría, sin entusiasmo, incapaces de saber lo que es la felicidad.

En una de esas, un día, en una rueda de amigos, alguien nos pregunta: “¿Por qué no bebes? Y casi con vergüenza respondemos: “Por qué mi religión me lo prohíbe, es una norma de la iglesia”. A veces, toda la vida es vivida de esa manera. Es únicamente la religión, la iglesia lo que importa, ¿Y Cristo? ¿Dónde queda Cristo en todo eso? ¿Qué estará sintiendo él? ¿Nos importa si esta

sonriendo o llorando? ¿Ya pensaste en Él como un apersona que ama, que sonrío, que puede quedar herida, y que incluso llora?

Vamos a analizar, por ejemplo, el caso de una joven que va a comprar una prenda de ropa, recorre las tiendas, mira las vidrieras, hasta que encuentra algo adecuado a su presupuesto. ¿Cómo hace, entonces, para comprar esa ropa? Se la pone, se la prueba, se mira en el espejo, observa si le cae bien, si combina con su color, con su cuerpo, y finalmente paga y se la lleva. ¿Podemos decir que eso es andar con Dios?

En una ocasión salí con mi esposa para comprar zapatos. Después de probar varios modelos entro en un momento de indecisión. Había dos que le gustaban. Volvió a probar uno, y el otro. De repente, me miró y me preguntó:

-¿Cuál te gusta más?

-Mira -le respondí-, no importa mucho cuál es el que me gusta a mí. Quien va a usar los zapatos eres tú, compra el que te parezca que te quede mejor.

-No- Continuo ella-, yo quiero que los escojas tú.

-¿Por qué?

-Porque yo te quiero y me voy a sentir feliz usando los zapatos que tu escojas para mí.

Aquello me emocionó tanto que acabamos llevando los dos pares.

Eso es justamente lo que tiene que suceder en nuestra relación con Cristo. El tiene que ser tan amado y tan real para nosotros que lleguemos al punto de, antes de comprar una prenda de ropa, mirarlo y preguntarle: “¿Te gusta? Oh. Señor Jesús, te amo tanto que me sentiré feliz usando la ropa que tú escogiste para mí”.

Andar con Dios es tenerlo presente en nuestro diario vivir. Consultarlo antes de tomar una decisión, antes de iniciar un noviazgo, antes de maquillar el rostro, antes de entrar en algún

lugar, antes de maquillar el rostro, antes de entrar en algún lugar, antes de salir para algún programa.

¿Lo ves claro? Nuestra vida no se limita a la iglesia, ni debe girar en razón de que “lo dice la iglesia”. Ni nuestros actos deben estar determinados por que lo dice la religión. Esta no es la motivación correcta. Debemos hacer o dejar de hacer, comer o dejar de comer, vestir o dejar de vestir, por amor a Cristo. Si vemos una sonrisa en su rostro sigamos adelante. Si por el contrario, percibimos un aire de tristeza en su mirada, o dos lágrimas rodando por sus mejillas, es hora de parar, no porque la iglesia lo prohíba sino porque lo amamos y no tenemos corazón para verlo sufrir.

Ahora. Volvamos al título de este capítulo. ¿Es posible ser perfecto? Si piensas que ser perfecto significa no cometer nunca un error no, no es posible. Pero gracias a Dios que el conceptobíblico de perfección es diferente. Para Dios, ser perfecto es “andar con él, como Enoc, como Noé, como Abraham, como David.

¿Observaste a un padre llevando de la mano a su hijito de cuatro años? Los pasos del padre son más largos y el niño no consigue mantenerse al ritmo del papá, pero se toma del brazo poderoso y va adelante. Puede de repente tropezar, tal vez puede resbalar, pero mientras su manecita se afirme del brazo del padre, el niño no cae. ¿Cuál es el secreto para no quedar caído en el suelo? El brazo del padre. Él es tu sustento y la única garantía, de que un día llegarás allá a pesar de los posibles deslices o tropiezos.

Por eso fue que Enoc, Noé, Abraham y David fueron perfectos. El primero se tomo firmemente del brazo del Padre, anduvo con él y no tenemos noticias de que haya caído alguna vez. Los tres últimos anduvieron con Dios, resbalaron, tropezaron, pero se tomaron del brazo del Padre y no quedaron caídos; continuaron la caminata. Y Dios los considero tan perfectos como a Enoc.

¿Cometiste errores alguna vez en tu vida? No precises vivir atormentado por eso. Mira a la cruz de Cristo. Él ya pagó por el error que cometiste. Él te perdona y te acepta. ¿Estás lastimado? ¿La caída fue tan grande que no te quedan fuerzas para extender la mano pidiendo ayuda? No te preocupes. No temas. Apenas mira. Sobre la montaña mira un Dios de amor muriendo lentamente. ¿Por qué crees que sufrió tanto? Fue por amor a ti. Fue porque tú vales mucho para él.

“Pastor -dirás tú-, no es verdad. Él no me puede perdonar. Usted dice eso porque no me conoce”. Tienes razón. Yo no te conozco, pero conozco el amor de Cristo. Un día experimente la rebelión, el vacío y la desesperación interior y él me amó y me perdonó, y me aceptó. Por eso puedo decirte. Mira a Cristo, “Aquel que es poderoso para guardarnos sin caída, y presentarnos sin mancha delante de su gloria con gran alegría”. (Judas: 24)



FUERZA

**para preservar
la amistad**

A los amigos les gusta conversar.

“**A**l fin de cuentas, terminaba la carta, “parece que mi caso no tiene solución. Sé que la oración me ayudaría a resolver el problema, pero no tengo deseos de orar. Lo peor de todo es que cuando oro, acabo en dos minutos todo lo que tenía para decir. Me da la impresión de que mi oración no pasa del techo”.

¿Ya sentiste alguna vez algo parecido? La verdad es que durante todos estos años trabajando con jóvenes, descubrí que el problema del joven no es que no sepa que necesita orar. Todo el mundo sabe que es necesario orar y que la oración es el alimento de la nueva naturaleza. Todo el mundo sabe que el poder llega a través de la oración. La angustia del joven aparece patente en la carta que mencionamos arriba. “Pastor, no tengo deseos de orar. Sé que tengo que orar pero no consigo hacerlo”.

¿Qué hacer?

Es preciso entender, en primer lugar, en qué consiste la oración. “orar”, dice Elena de White, “...es el acto de abrir el corazón a Dios como un amigo”, según esta declaración, orar es nada más ni nada menos que conversar con un amigo. **A los amigos les gusta conversar.** Eso es lo que hacen. Si alguien no tiene deseo de conversar con su amigo no tiene deseo de que los amigos necesiten conversar. El problema está en su relación con el amigo. Alguna cosa anda mal. Alguna barrera fue creada. La amistad está alterada y la solución no consiste en leer libros u oír sermones que le señalen el deber de conversar con un amigo. Es preciso que le enseñen como resolver el problema con el amigo. Precisa ayuda para que la amistad

vuelva a ser a lo que era antes. Una vez que el problema ha sido resuelto el diálogo con el amigo reaparece espontáneamente.

En segundo lugar es necesario saber que la base de una conversación entre amigos debe de estar cimentada en la sinceridad. En una relación de amigos verdaderos no hay lugar para el fingimiento o la hipocresía. Descubrir que alguien es hipócrita contigo, duele. Pero descubrir que alguien a quien quieres mucho esta siendo hipócrita contigo duele mucho más.

Cristo nos ama y espera que en nuestra relación haya, sobre todo, sinceridad. Eso es lo que dijo en el Sermón del monte. “Cuando oren no sean como los que fingen... no queden recitando siempre la misma oración”. (San. Mateo 6:5,7)

La palabra griega traducida como “recitar” es *battaloguéo*, usada generalmente, para expresar lo que hace el papagayo o el borracho, es decir, hablar por hablar, sin pensar en lo que se está diciendo, hablar por el mero hecho de hablar.

Lo que el Señor Jesús quiere decirnos es que cuando conversamos con Él, tenemos que hacerlo en base a la sinceridad, sintiendo realmente lo que estamos diciendo. Lo que nos pide es que nuestra oración salga del corazón y no simplemente de la boca.

Cuando el menor de mis hijos tenía cinco años no le gustaba comer verduras. A todo lo que era de color verde le llamaba “planta”, decía: “No me gustan las plantas”.

Un día en la hora de almuerzo, la mesa estaba llena de cosas verdes, inmediatamente la sonrisa desapareció de su rostro. Le pedimos que hiciese la oración y el oró así:

“Padre, estoy triste, hoy sólo hay plantas para comer”,
¿Saben cómo hubiese orado él si hubiera sido grande? Habría agradecido la “agradable comida que hay en la mesa”.

Ahí está nuestro problema. No somos sinceros. Decimos siempre lo mismo porque estamos acostumbrados a hablar así. Cuando nos levantamos, por la mañana le agradecemos a Dios la “buena noche de reposo”, aunque hayamos dado vueltas en la cama durante toda la noche o nos hayamos despertado con dolor de espalda: pero le agradecemos “la buena noche de reposo”.

Tenemos casi memorizada una oración para las mañanas y otra para las noches. Siempre el mismo asunto. Podemos estar sin la mínima voluntad de orar, pero nos arrodillamos por disciplina y repetimos la oración acostumbrada que, generalmente no dura más que dos minutos. Y al acostarnos, experimentamos la extraña sensación de que nuestra oración no pasó del techo.

¿Porqué no encarar la oración como la maravillosa experiencia de conversar con Jesucristo en lugar de considerarla como nuestro deber de cada día?

¿Tienes amigos? ¿De qué hablas con ellos? ¿Hablas siempre las mismas cosas o cambias el tema del diálogo cada día? ¿Ya pensaste en la posibilidad de charlar así, “al acaso”, con Cristo? ¿Conversar con él simplemente por el placer de conversar? ¿Orar sin pedir nada, solamente por el placer de conversar? ¿Orar sin pedir nada, solamente contar cosas, compartir secretos, abrir el corazón y decirte lo que hiciste durante el día, aunque parezcan cosas sin importancia?

El día en que descubramos la alegría de hablar así con Dios, habremos descubierto el secreto de una vida poderosa. Eso es andar con Dios.

“Pero Pastor -dirás tú-, yo no siento deseos de conversar con Dios”. Entonces, cuéntale eso a Él. Dile que no tienes ganas de orar, pregúntale porque te está sucediendo eso, por qué, sabiendo que debes orar, no tienes deseos de hacerlo. Va ocurrir un milagro, puedes tener la certeza. De repente, sin querer vas a descubrir que están conversando con Dios, no un minuto, ni cinco, sino veinte o treinta. Y lo más importante, aquella sensación de que tu oración no pasaba del techo va a desaparecer, y en su lugar vas a experimentar las delicias de conversar con Jesucristo como se conversa con un amigo.

Otra cosa que sería bueno recordar es que no debemos programar a Dios únicamente para asuntos espirituales- Tenemos que permitirle que participe de nuestra vida diaria: de nuestro noviazgo,

de nuestro trabajo, de los deberes del colegio que llevamos para casa, de aquello que va dentro del corazón y que no tendríamos coraje de contarle a nadie.

A veces comentemos algo equivocado durante el día y al llegar la noche repetimos lo de siempre: “Señor perdóname mis pecados”. ¿Cuánto tiempo es necesario para repetir esa frase? ¿Pero, como sería si en lugar de decir simplemente “perdóname mis pecados”, le contásemos que fue lo que hicimos? Detalles ¿Entiendes? ¿Por qué no contarle la lucha que entablamos antes de ceder a la tentación, cómo nos sentimos después, qué lecciones pudimos sacar de todo ello, qué aspectos de nuestra vida necesitamos que él restaure? En fin, tantas cosas. Utilicemos el tiempo que sea necesario. No necesitamos tener prisa porque no estamos cumpliendo un “penoso deber”, estamos solamente conversando con el más compasivo y maravilloso amigo que un ser humano pueda tener.

A medida que el tiempo pasa y la amistad con Cristo va profundizándose, nuestro período de oración se hará seguramente más placentero y prolongado.

Nuestra confianza en él será cada vez mayor, al punto de llegar a tener una experiencia tan particular con el que, posiblemente los demás no puedan comprenderla.

¿Conoces la historia de Gedeón? Era un hombre de oración. Conocía a su amigo y dialogaba con él. Un día se exigía una decisión. Y no sabía qué actitud tomar. Salió al campo y conversó con su amigo. Nunca le había fallado y no le fallaría ahora. “Señor - dijo Gedeón-, necesito una señal. Voy a dejar este pedazo de lana en la era; si el rocío estuviese solamente en la lana y toda la tierra queda seca. Entonces sabré que tú quieres que yo vaya” (Jueces 6:37-40).

Y Dios, el amigo, respondió al pedido.

Pero Gedeón no estaba todavía convencido. Probó a Dios una vez más: “Oh Dios, me gustaría que mañana sucediese todo al revés, la lana seca y el suelo mojado”. Y así fue.

Podemos pensar que Gedeón estaba jugando con Dios, pero no lo estaba. Gedeón tenía una relación personal con Dios. Eran amigos. En aquella ocasión. Gedeón era tan sólo un ser humano asustado, indeciso, Necesitaba una señal por qué no quería errar en la decisión que iba a tomar. Pidió la señal y el amigo maravilloso respondió.

“Pastor -dirás tú-, eso no sucede más en nuestros días, eso es historia bíblica”.

¿Por qué debe de ser así? desde entonces y hasta ahora nuestro Dios no cambió. Continúa siendo el mismo, continua deseando una relación de amigo a amigo con cada ser humano. Todo lo que se necesita es aprender a conversar y a convivir con Él. Es tan sólo amarlo y abandonarse en sus brazos.

En mis tiempos de estudiante oí una historia interesante que nunca pude olvidar. Es el relato de un joven cuyo mayor sueño era ser misionero en África. Faltaban cinco días para la graduación, cuando el director del seminario anunció que la Asociación General estaba necesitando dos jóvenes que quisiesen ser misioneros en África.

Nuestro joven no sabía si estaba dormido o estaba despierto, porque aquél era su mayor sueño. Corrió a pedir informaciones.

-Pastor, me gustaría ser uno de los misioneros en África, Ser misionero siempre fue mi mayor sueño.

-Muy bien, hijo mío- respondió calmadamente el director-, porque la Asociación General ya tiene los cuatro pasajes comprados.

-¿Cuatro?- preguntó el muchacho-. Oí decir que eran sólo dos.

-Son dos matrimonios, hijo mío. No se puede enviar misioneros solteros al África.

El joven quedo mudo. No tenia novia, ni a ninguna señorita en perspectiva, y el plan de la Asociación General era que los misioneros debían viajar enseguida después de la graduación.

-¿No hay manera de hacer una excepción?-preguntó el muchacho-. Es imposible conseguir a alguien para casarse en tan poco tiempo.

-No, hijo mío. Es mejor que comiences a buscar a una esposa si quieres realizar tu sueño de ser misionero.

Pasaros tres días y nuestro amigo agotó todos los argumentos para viajar soltero. Cuando se dio cuenta de que no lo conseguiría, fue a su cuarto y oró. Él y Jesús eran amigos. Acostumbraban a conversar. Y en ese momento decisivo de su vida, seguramente que el amigo no le fallaría.

“Señor Jesús -oró-, tú sabes que toda mi vida quise ser misionero en África. Aquí está, Señor, la gran oportunidad, pero me doy cuenta de que me será imposible viajar soltero. Necesito casarme. Si lo hago la elección empujado por la prisa es posible que cometa un error. Por eso voy a pedirte algo diferente, Señor, pero haré este pedido en la seguridad de que tú nunca me fallas. Cuando la campana suene llamando para el almuerzo, correré al comedor, tomaré mi bandeja y me sentaré a la mesa más alejada. La primera señorita que venga a sentarse a mi mesa, sabré que es la que tú me estas enviando para que sea mi esposa. Me casaré con ella y viajaremos al África”.

La campana sonó. Corrió al comedor y se sentó a la mesa más alejada y oró en su corazón (en su mente). “Señor, ahora te toca a ti, envíame exactamente a la señorita que necesito”.

Los alumnos fueron entrando. Uno a uno, jóvenes y señoritas se fueron sentando en torno a las mesas. De repente, una señorita tomó su bandeja, miró para todos lados, vio la mesa del joven y, con paso firme, comenzó a dirigirse a ella. Nuestro amigo bajó la cabeza y comenzó a orar. “Señor, por favor, envía a cualquier otra chica menos esa que viene ahí”. Todavía no había acabado de hablar cuando la joven pidió permiso y se sentó. Después llegaron más alumnos.

Aquel fue el peor almuerzo en la vida del joven. No podía entender lo que estaba sucediendo. Conocía a aquella chica. Siempre la encontró presumida, por demás orgullosa, y en los cuatro años que ambos habían pasado estudiando en el colegio, no habían cambiado más que cinco palabras.

A la salida del comedor la abordó

-Me gustaría que me respondieses tan sólo una pregunta. Tú sabes que nosotros no simpatizamos, no somos amigos y en estos cuatro años nunca nos sentamos a la misma mesa. ¿Por qué hoy, precisamente hoy, tuviste que venir a mi mesa?

-No lo sé, algo extraño sucedió conmigo, me estaba arreglando en mi dormitorio, esperando que la campana tocara para el almuerzo, cuando sentí dentro de mí una sensación extraña, una especie de convicción, algo como diciéndome: “Ve al comedor, busca una mesa donde este un joven solo y siéntate allí”. Yo no hice caso, pero mientras me dirigía al comedor, la voz continuaba: “El joven que está solo, el joven que está solo”. Y cuando entré en el comedor y tomé mi bandeja, la sensación todavía estaba allí y el único joven que estaba solo eras tú, y allí fui.

Era increíble. La lana mojada y el suelo seco. ¿Lo recuerdas?

El joven la miró a los ojos y le dijo:

-Tenemos que casarnos después de la graduación.

-¿Casarnos..? -se asustó la joven-. Yo no tengo que casarme con nadie, mucho menos contigo y mucho menos después de la graduación.

Pero después que el muchacho le contó toda la historia, la señorita tuvo convicción de que Dios estaba dirigiendo su vida y aceptó dulcemente: “Entonces... nos casamos”.

Parece una novela, ¿no es verdad? Pero ahí está el secreto de una vida poderosa. En el tipo de relación que tenemos con Cristo. Si Él es para nosotros solamente una teoría, un nombre, una doctrina, o si es una persona, un amigo, un hermano.

“Pastor -preguntas-, ¿quiere decir que yo puedo pedir sin miedo una señal a Dios?” **Depende. Si él no te dejó ya instrucciones precisas y definidas sobre el asunto en su Palabra, y si estás dispuesto a aceptar humildemente su consejo y eres amigo de Jesús al punto de confiar así en Él, entonces puedes.**

Pero, cierto día, después de oír un sermón sobre este asunto, una joven me buscó y me dijo: “Pastor, estoy casada con un joven que no es de mí fe, porque cuando Él quería noviar conmigo le pedí a Dios una señal y él me respondió positivamente”. No, no es así,

porque en la Palabra de Dios ya está la indicación clara de cómo proceder: “No te unirás en yugo con los infieles”, (2 Corintios 6:14). En este caso no se necesita pedir más señales. ¿Cómo verías el caso el caso de un hombre que quiere asaltar un banco y le pide una señal a Dios para saber si lo asalta o no? En la Biblia está claro “No robarás”. No es necesario más señal que esta clara advertencia.

Orar. ¡Qué privilegio para el ser humano! Abrir el corazón a Dios como a un amigo y decirle con franqueza lo que se siente o piensa, conversar, pedir consejo. Ese tipo de oración es el “alimento del alma, alimento de la nueva naturaleza”.

Cuentan que en la guerra de Vietnam encontraron en las manos de un soldado muerto un papel escrito en los momentos de agonía. Decía más o menos así: “¡Oh!, Señor, yo nunca hablé contigo. Hoy por primera vez, al oír el tableteo de las armas, al ver los cadáveres de mis compañeros, al sentir que de aquí a poco yo también moriré, tengo ganas de hablar. Es una pena que sea demasiado tarde”

¿No será que, como aquel soldado, tal vez tengamos que decir: “¡Oh!, Señor, yo nunca hable contigo, porque lo que hacía no era orar, era simplemente repetir una oración sin sentido, la misma monótona oración de costumbre, pero hoy quiero hablar de verdad, abrirte el corazón y sentir que eres mi amigo?”



FUERZA

*para alcanzar
la fortaleza*

Cómo alimentar la naturaleza de Cristo.

Enseguida después de su bautismo, Cristo fue llevado por el Espíritu al desierto. En aquellos solitarios parajes, Jesús pronunció palabras que permanecerán para siempre como la clave para una vida poderosa y feliz. “No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que proceda de la boca de Dios”.

“Pastor -debes de estar pensando-, ya sé va a hablar del estudio de la Biblia. Yo ya sé que debo estudiarla, pero no tengo deseos, no siento placer en su lectura”.

En primer lugar, amigo mío, no debes encarar la lectura de la Biblia como un deber; debes de mirar la palabra de Dios como una carta de amor. ¿Qué hace un joven cuando recibe una gran carta de su enamorada? ¿Piensa: “Oh, qué fastidio, no tengo ganas de leer esta carta, estoy cansado, pero voy a darle una mirada por disciplina”? No, claro que no. Es todo al revés. El joven recibe la carta con expectativa, la abre rápidamente y devora con ansiedad cada una de las palabras. ¿Y qué más hace? ¿La tira a la basura? No. La guarda en el bolsillo. Dos minutos después saca la cara, vuelve a leerla y la guarda nuevamente. Antes de que pasen cinco minutos, la busca de nuevo y la lee con la misma ansiedad que la primera vez, una, otra y mil veces. De repente, ya no precisa leerla, la memorizó completamente con puntos y comas. Pero, aún así, continua leyéndola.

¿Dónde está el secreto? ¿Por qué tanta ansiedad para leer una carta? ¿Por qué no se cansa de hacerlo? La palabra clave es AMOR. El joven ama a la persona que escribió esa carta.

La Biblia, mi querido(a) joven, no es un código de normas y prohibiciones. No es un compendio de la historia de un pueblo errante. No es un libro de sobre medidas, nombres y colores. No es un libro de animales extraños y simbolismos proféticos. La Biblia, aunque contiene un poco de todo eso, es la más hermosa carta de amor escrita alguna vez. Es la historia de un amor loco e incomprendido. Es la historia de un amor que no se cansa de esperar. Es una declaración de amor escrita con la tinta roja de la sangre del Cordero. Hay un hilo escarlata que atraviesa cada una de sus páginas desde el libro Génesis hasta el Apocalipsis. Es la sangre del Cordero gritando desde el Calvario: “Hijo(a), te amo a ti, tu eres lo más hermoso que tengo”.

En la Biblia puedes encontrar también la historia de la vida de otros hombres semejantes a ti. Hombres que a veces resbalaron y cayeron. Hombres y mujeres que lucharon contra sus temperamentos, complejos y pasiones, pero que vencieron por la sangre del Cordero. A través de esas historias, Dios te estará diciendo: “Hijo, tú también lo conseguirás, no te desanimes, mira hacia adelante y continúa”.

Pero como en todas las cosas, también en la vida cristiana el gran enemigo es el formalismo. La lectura mecánica de la Biblia no tiene mucho valor como alimento para la nueva naturaleza. La lectura de la Biblia tiene que transformarse en un momento de compañerismo y diálogo con su autor. Lee un versículo y medita en él. Trata de aplicar el mensaje de este texto a tu vida. Pregúntate a ti mismo:” ¿Qué me está queriendo decir este versículo?” Después de eso, tú respondes. Dile a Dios lo que piensas. Cuéntale como está yendo tu vida en relación con el mensaje que acabas de leer. No tengas prisa. Trata de “saborear” cada minuto de tu diálogo con Jesús. No interpretes eso como un deber o como una pesada carga que hay que llevar, sino como el encuentro con las maravillosas promesas de Dios para ti. **(Lee al final esas promesas para ti).**

Otra idea interesante para aprender a gustar del estudio de la Biblia es leer la Sagrada Escritura en la primera persona del singular, Cada vez que encuentras la palabra “nosotros”, o el verbo en la tercera persona del plural, sustitúyela por ti mismo. Coloca tu vida en las páginas de la Biblia. Haz de cuenta que Dios te está hablando a ti en particular, no a la humanidad en general. Por,

ejemplo, en el versículo de Romanos 8:31, que dice: “¿Qué, pues diremos de esto? Si Dios es con nosotros, ¿quién contra nosotros?” Tú puedes leerlo así: “¿Qué diré a esto? Si tú, oh querido Padre, estás conmigo, ¿quién podrá contra mí?” Entonces puedes contarle a Dios qué cosas o quién piensas de que está contra ti, puedes hablarle de tus temores, de tus dudas, de tus incertidumbres y terminar diciéndole que a pesar de todo eso, crees que si Dios está contigo nada podrá atemorizarte. Con estas ideas en mente, quiero compartir contigo algunas sugerencias prácticas que el pastor Tercio Sarlinos presenta para usar en un período diario de meditación oración y estudio de la palabra de Dios.

1. Escoger una hora: Así como tienes una determinada hora cada día para tus comidas, elige también una hora para estar a solas con Dios, para meditar orar y leer las Escrituras. ¿Sabes que cada día de 24 horas tienes a tu disposición 96 períodos de 15 minutos? ¿Por qué no reservar entonces dos o tres de esos períodos para la comunicación diaria con Dios?

2. Escoge un lugar: El lugar para tu hora de comunión debe ser silencioso, y donde otras personas no puedan estropear tu concentración y atención. Puede ser en la sala, en el dormitorio, en el escritorio, o en medio de la naturaleza, debajo de un árbol, a orillas de un río, como frecuentemente hacía Jesús. Lo importante es que el lugar sea, de preferencia, el mismo cada día, y que tú te sientas cómodo.

3. Procura tranquilizarte: Olvida, en esa hora, tus preocupaciones, y gasta los primeros minutos en total silencio, preparando así el corazón para la comunión con Dios. Si mientras transcurre la hora de comunión te viene a la mente algo importante de tu trabajo anótalo en una hoja de papel, y así dejara de molestarte.

4. Ten en vista el objetivo de esa hora: Estás allí para meditar, para hablar con Dios, para oír su voz, para orar. No permitas que ninguna otra cosa te desvíe de ese plan. No uses ese tiempo para

pensar en programas de la iglesia, o cosas semejantes. Esa es la hora dedicada a la comunión con Dios, sin ningún otro compromiso.

5. **Comienza con una invocación:** habla con Dios con toda naturalidad, invítalo a estar contigo en aquella hora, y pídele que te bendiga en los momentos de meditación, lectura de la Biblia y oración.

6. **Usa la Biblia:** Escoge una porción de la palabra de Dios y léela tranquilamente, meditando en cada frase, en cada punto allí expuesto, procurando oír la voz de Dios a través de esa lectura. El Espíritu Santo podrá revelarte maravillosas verdades para tu vida cristiana. Si lo prefieres, puedes comenzar por los evangelios, leyendo un tópico cada día. Te sorprenderás con la cantidad de nuevas gemas preciosas que descubrirás. Ten a mano un cuaderno para anotar tus nuevos descubrimientos del Libro Sagrado.

7. **Otros libros devocionales:** Además de la Biblia, puedes leer otros buenos libros para la meditación, tales como El camino a Cristo. El Deseado de todas las gentes, Palabras de Vida del gran Maestro, El discurso maestro de Jesucristo, y tantos otros.* Lo importante no es leer mucho, sino leer y meditar en una porción que sea suficiente para tu alimentación espiritual. Medita y digiere, serenamente, lo que lees.

8. **Momentos de oración:** Ahora estás preparado para hablar más detenidamente con Dios. Como a un amigo. Cuéntale todo lo que desees. Preséntales tus preocupaciones. Elena de White dice: “Presenta a Dios tus necesidades, gozo, tristeza, cuidados y temores. No puedes agobiarlos ni cansarlo... Su amoroso corazón se conmueve ni cansarlo... Su amoroso corazón se conmueve por nuestras tristezas y aún por nuestra presentación de ellas. Llévale todo lo que confunda tu mente. Ninguna cosa es demasiado grande para que Él no la pueda soportar; Él sostiene los mundos y gobierna todos los asuntos del universo. Ninguna cosa que de alguna manera afecte nuestra paz es tan pequeña que él no la note” (El camino a

Cristo, pag. 100). Ora todo el tiempo que desees, tanto como Dios te inspire a hacerlo,

9. ¿Cuánto tiempo se debe emplear en la comunión?: No se puede prescribir un tiempo igual para todos, algunos se inician con quince minutos diarios, y después van aumentando a medida que crece la capacidad de meditación y comunión. La alegría de esa hora es progresiva. Dice Elena de White, que haríamos bien en pasar una hora, cada día, meditando sobre la vida de Jesús y en sus enseñanzas (el Deseado de todas las gentes, pág. 63).

Ahora tan sólo te resta comenzar y perseverar. No te desanimes si algún día surge algún impedimento, recomienza de nuevo y procura hacer cada vez más regular tu hora de comunión. Como resultado de eso, disfrutarás más y más de la alegría de la salvación y tendrás el placer de testimoniar a los otros de tu fe y tu felicidad, porque con ellas... “el corazón que mas plenamente descansa en Cristo es el más ardiente y activo en el trabajo para él” (El camino a Cristo. Pág. 71). (Sarli, Tercio, “A hora Tranquila da Comunhao).

Promesas para ti:

Quando estás en aflicción: Mateo. 11:28, 29; Salmo 23:4; Salmo 21:1, 2; Juan 16:3.

Quando te sientas desamparado: Salmo 27:10; Salmo 34:6-8; Salmo 37:25; Salmo 57:1; Isaías 12:2; Isaías 35:4; Jeremías 29:13

Quando estás enfermo: Salmo 103:3; Jeremías 17:14; Salmo 23:5; Isaías 54:7,8; Romanos 8:18; 2Corintios 12:9; Números 6:24-26.

Quando te sientas solo: Sofonías 3:17; Isaías 25-4; Salmo 145:18; Isaías 51:11 Salmo 34:8; Juan 14:16-18; Salmo 68-5; Génesis 28:15.

Quando estás preocupado o ansioso: Mateo 6:25-34; Salmos 37:5; Salmo 42:11; Lucas 12: 27-29; Salmo 118:5; Filipenses 4:19.

Quando hayas perdido a un ser querido: 1 Tesalonicenses 4:13-18; Mateo 5:4; Juan 5:25-28; 1 Corintios 15:51, 52; Apocalipsis 21:4; Apocalipsis 14:13; Isaías 25:8, 9.

Cuando desees paz: Juan 14:27; Isaías 26:3, 4; Filipenses 4:4-7; Salmo 37:11; Salmo 119:165; Proverbios 3:1, 2; Isaías 48:18; Romanos 5:1; Nehemías 6:24-26.

Cuando te sientas triste: Juan 15:1-3; Salmo 42:11; Salmo 118:14; Juan 15:11; Romanos 15:13; Filipenses 4:4; Isaías 35:10; Isaías 47:15.

Cuando estés en peligro: Salmo 91:1-16; Hebreos 13:6; Salmo 18:2; Proverbios 18:10; Salmo 16:8; Salmo 23:4; Salmo 27:3; Salmo 34:7.

Cuando sientas miedo: Salmo 121:1-8; Hebreos 13:6; Salmo 4:8; Lucas 12:7; Salmo 27:1; Mateo 8:26; Salmo 27:3; Isaías 43:1; Salmo 28:7; Isaías 41:13.

Cuando hayas pecado: Salmo 32:1; 1 Juan 1:9; Salmo 103:3; Romanos 8:1; Salmo 103:10-13; Romanos 6:23; Isaías 1:18; Juan 3:16; Isaías 44:22.

Cuando te sientas perdido, sin rumbo: Isaías 30:21; Josué 1:9; Jeremías 6:16; Salmo 73:23, 24; Romanos 8:14; Salmo 32:8; Juan 16:13; Proverbios 4:18.

Cuando desees la salvación: Juan 3:16; Hechos 16:31; Hebreos 9:28; Efesios 2:8; Romanos 6:22, 23; Malaquías 1:21; Juan 6:40; Salmos 62:1.



FUERZA

Para hablar

¿Sería posible quedar callado?

Amar es una experiencia maravillosa, ¿Amaste ya alguna vez? ¿Recuerdas el día cuando declaraste tu amor? Las manos transpiraban, la voz no salía. Temblabas todo por dentro. Pero te armaste de valor y le hablaste. La señorita te miró con un brillo especial y finalmente, cuando pensabas que oirías el soñado “sí”, ella, con un medido tono dulce y simpático, te dijo que precisaría un tiempo para pensarlo. ¿No fue así?

Nunca podrás olvidar aquellos días de expectativa, Especialmente el día cuando ella te dio la respuesta, tú no sabías si estabas soñando o estabas despierto. Tenías ganas de salir corriendo, de gritarle a todo el mundo: “¡Estoy feliz porque ella me aceptó!”. Al llegar a casa tomaste el teléfono y comenzaste a contárselo a los amigos: “Tengo una noticia, ella me ama”. Tomaste papel y pluma y escribiste a los parientes: “¿Saben una novedad? ¡Tengo novia!” En la calle, no podías quedar, callado, tenías que contarle a todos que estabas enamorado. La felicidad que ese amor te proporcionaba era tan grande que si no lo contabas a los demás, explotaría dentro de tu corazón.

Pero. ¿Qué sucede cuando un joven comienza a noviar con una chica sin sentir amor por ella? ¿Tendría el mismo deseo de contarle a todo el mundo que está noviendo? ¿O preferiría mantener el noviazgo en el incognito para que nadie supiese de su relación con ella?

Eso, es más o menos, lo que sucede en nuestra amistad con Cristo. El día en que lleguemos a amar nuestro Señor Jesús con todo nuestro corazón, lo que mas desearemos hacer será salir afuera y contarle a todas las personas que encontramos el amor de nuestra vida. No es posible quedar callado. Es necesario anunciar, testimoniar, contarles a los demás las maravillas de la salvación.

En la Biblia hay dos experiencias que no pueden andar separadas: salvación y testimonio. La experiencia de la salvación nos lleva necesariamente a testificar. Es imposible que una persona éste realmente salva y se quede callada, sin testimoniar. El gozo de la salvación es tan grande que produce en nosotros la necesidad de contarle a los demás lo que estamos sintiendo.

Cuando hablamos de testimoniar, no nos estamos refiriendo exclusivamente al hecho de ir de puerta en puerta distribuyendo publicaciones, o al hecho de realizar una serie de conferencias. Ambos son métodos de testimonio, pero existen también muchas otras maneras.

Hablemos de la más sencilla de todas: la amistad. Todos tenemos amigos. En nuestro lugar de trabajo, en el colegio, en la facultad, en el barrio. Una de las cosas que le gusta al joven es hacer nuevas amistades. Un joven hasta hace amigos en la calle, en la parada de ómnibus o en el restaurante. Y la Biblia enseña que la amistad es un vehículo extraordinario de testificación.

Comentemos el caso de uno de los primeros cristianos: Andrés. Era un muchacho sencillo que había aceptado el mensaje del “Cordero” a través de Juan el Bautista. Andrés se enamoró de Cristo. Lo aceptó como su Señor y Salvador y automáticamente se transformó en un testigo. No podía ser de otra manera. La primera

cosa que hizo Andrés fue buscar alguien a quien contar de su gran descubrimiento. Encontró a Simón. (San Juan: 1:40)

Simón era hermano de Andrés. Además de hermanos eran pescadores y trabajaban juntos. Esto revela un elemento importante en la dinámica del testimonio: Es mucho más positivo y eficaz testimoniar a las personas con las cuales nos relacionamos en nuestras actividades diarias. Con seguridad, el testimonio de una persona es mucho más poderoso y efectivo con un amigo que con un extraño. (Veloso, Dr. Mario. Comentario del Evangelio de Juan, Pag.61.)

Así que, mi querido joven, puedes buscar un amigo en tu barrio, en tu lugar de trabajo o en la facultad, y con naturalidad propia de la juventud, sin complicaciones y sin fingimiento, puedes contarle lo que Cristo significa para ti, lo que Cristo trajo a tu vida, de qué manera te ayuda en tus quehaceres cotidianos y cómo te bendijo con paz y equilibrio en tu corazón. No te preocupes demasiado por la forma. Sé apenas un buen amigo y preséntale a Cristo como tu gran amigo. Habla de cosas prácticas, de aquello que estás viviendo, de tu vida diaria, de cómo Jesús te auxilia y orienta en tus estudios, en tu noviazgo y en tus actividades deportivas. Cuéntale también la experiencia de otros jóvenes de la iglesia que conozcas. Jóvenes que no eran felices, que vivían tristes, desesperados, a veces prisioneros de las drogas y de otros vicios. Cuéntale cómo Jesús cambió la vida de esos jóvenes y les proporcionó alegría y felicidad.

Invita a tu amigo a ir a la iglesia. Búscalo en su casa y acompáñalo a las reuniones. Allá en la iglesia preséntale tus otros amigos.

En ciertas iglesias existen grupos de jóvenes a cuyas reuniones dan el nombre de “Koinonías”. Estos núcleos se reúnen una vez por semana en la casa de uno de sus miembros. Los jóvenes llevan a sus amigos, conversan, oran y estudian la Biblia juntos. Como ves, mi querido joven, todo lo que se necesita para testimoniar o realizar trabajo misionero, como quieras llamarlo, es estar apasionado por Cristo, tener el corazón inflamado, de un amor tan puro y maravilloso que no es posible guardarlo en secreto, que es necesario contar, anunciar y testimoniar.

Nunca encares el trabajo misionero como un “cuco”, Acéptalo como un privilegio, como un modo de alimentar mejor la naturaleza de Cristo, porque cada vez que cuentas a los demás tu amor por Cristo, este amor se profundiza más y más en tu corazón. Cada vez que presentas las verdades bíblicas a tus amigos, esas verdades se hacen reales en tu propia vida.

El trabajo de testificar es uno de los secretos para ayudar a conservar la experiencia de la conversión. En el libro Obreros Evangélicos, Elena de White relata la historia de un hombre que, mientras viajaba en un día de invierno por lugares donde la nieve se había amontonado en grandes cantidades, quedo entumecido por el frío que le estaba quitando imperceptiblemente toda la fuerza vital. Estaba casi congelado, y a punto de renunciar a la lucha por la existencia, cuando oyó los gemidos de un compañero de viaje, que también padecía de frío. Su simpatía se despertó, y resolvió salvarlo. Restregó los helados miembros del desdichado, y después de muchos esfuerzos logró ponerlo de pie. Como el recién hallado no podía estar de pie, lo llevó en brazos, con simpatía, a través de montículos de nieve que él nunca hubiese pensado poder pasar solo.

Cuando hubo llevado a su compañero de viaje a un lugar de refugio, comprendió repentinamente que al salvar a su prójimo, se había salvado a sí mismo. Sus ardorosos esfuerzos para ayudar a

otro habían vivificado la sangre que se estaba helando en sus propias venas, y habían hecho llegar a un sano calor en sus extremidades.

Ella termina la historia diciendo: “La lección de que al ayudar a otros, nosotros mismos recibimos ayuda, debe de ser presentada continuamente a los nuevos creyentes, por precepto y por ejemplo, a fin de que en su experiencia cristiana obtengan los mejores resultados”. (Obreros Evangélicos, pag. 209.)

Hace años leí la historia de un medico que encontró en la calle a un perro delgado, lleno de heridas y con una pierna quebrada. Sintiendo compasión por el infeliz animal, el médico lo llevó a su casa, le curó las heridas, entablilló la pierna quebrada y lo alimentó bien. Algunas semanas después estaba completamente restablecido, pero fue suficiente que un día quedase la puerta abierta para que el perro desapareciera.

“Animal ingrato”, pensó el médico, “hice todo por él y en lugar de quedarse conmigo, me abandono”.

Al día siguiente, bien temprano por la mañana, el médico oyó que alguien arañaba la puerta. Salió y se encontró con una escena increíble. El perro estaba de vuelta y traía con él a otro perro delgado y con una pierna quebrada. Esto es, precisamente, lo que ocurre en la vida del hombre que encuentra a Jesús y se apasiona por él. ¿Cómo quedar callado? ¿Cómo guardar la belleza del Evangelio sólo para nosotros? La felicidad es tan grande, que el único camino que queda es salir y contar a los amigos lo que Cristo hizo por nosotros. ¿Estás pronto para salir a testificar?



FUERZA

para unir

Más que amigos.

Comentamos en un capítulo anterior que ser perfecto “es andar con Dios”. Que él nos considera justos y santos, no porque nunca pequemos, sino en la medida en que nos tomamos del brazo poderoso de Cristo y caminamos humildemente con él. Muchos, sin embargo, podrán pensar: ¿Cómo es posible andar tomados de las manos con Jesús si ya no está aquí? ¿Si no podemos verlo ni tocarlo?

Es verdad que Cristo no está ya con nosotros hoy. Está en el santuario celestial intercediendo por nosotros. La intercesión y el juicio son obras que necesitan ser realizadas. Pero él quiere al mismo tiempo andar con nosotros aquí en este mundo. Quiere tomar nuestra mano y llevarnos por los caminos de la vida. Sabe que en este mundo la vida es difícil, que necesitamos de un consolador, de un confortador, de alguien que nos sustente y nos dé el poder para vencer. ¿Cómo conseguir eso? Aquí, en este punto, es donde aparece en el horizonte la persona maravillosa del Espíritu Santo. Al aproximarse la fecha de su muerte, Cristo reunió a sus discípulos y les dijo: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría.... Pero cuando venga, él os guiará a toda la verdad”. (San Juan 16:7,13)

¿Te das cuenta? El Espíritu Santo es el representante de Cristo hoy y aquí. Viene a consolarnos, a sustentarnos y a guiarnos. Andar con Dios, en realidad, significa andar con el Espíritu Santo. Andar con Cristo cada día en una relación de amor no es otra cosa que permitir que el Espíritu de Dios nos guíe. ¿Pensaste alguna vez en el Espíritu Santo tan sólo como una fuerza, una especie de viento,

o una cosa sin vida y sin cuerpo flotando por el aire? Es la impresión que tenía cuando era niño. Mi madre oraba: “Oh, Dios, llénanos de tu Espíritu”, y yo pensaba que alguna bola de aire entraría dentro de mí. Tardé años en entender que el Espíritu Santo es una persona. Él es Dios. Como Dios el Padre y el Hijo, Jesucristo. Es una persona que conoce, (1 Corintios 2:11) que tiene voluntad, (Ibíd.) que ama, (Romanos 15:30) que se entristece. (Efesios 4:30)

Cuando Cristo ascendió al cielo envió al Espíritu Santo, no simplemente para que anduviese con nosotros, sino para que viviese en nosotros. “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”. (1 Corintios 3:16).

Aquí se habla de una relación íntima. No puede existir separación entre el Espíritu y nosotros. El no quiere estar únicamente a nuestro lado. Quiere estar en nosotros, dentro de nosotros, donde ninguna partícula de aire nos pueda separar.

Aceptando su presencia en nuestro corazón es como podremos andar con Dios. Permitiendo que él ocupe cada rincón de nuestro ser es como podremos caminar con Cristo. Porque el Espíritu es su representante. El Espíritu es Cristo en nosotros.

El Espíritu Santo, mi querido joven, es hoy nuestra más urgente necesidad. El día en que él llene nuestra vida, el día en que le entreguemos las llaves de nuestro corazón y le permitamos tomar posesión de cada milímetro cuadrado de nuestro ser, nuestra vida será transformada así como la vida del desierto se transforma después de una lluvia torrencial.

Las vidas secas florecerán. Las vidas fracasadas se tornarán victoriosas. Las improductivas producirán. Los corazones tristes y desanimados tendrán el brillo de la alegría y la esperanza. Los vicios serán vencidos, las cadenas de los hábitos que nos someten serán quebradas. La voz del Espíritu es el grito de la libertad, es el canto de la victoria, es el toque de clarín de un mañana glorioso.

Si fuéramos sensibles a los constantes llamados del Espíritu Santo, no correríamos el riesgo de errar... “Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda”. (Isaías 30:21).

El éxito de nuestra vida dependerá de nuestra sensibilidad para prestar oídos a esa voz. Ella estará siempre hablándonos al corazón. Consolándonos cuando estemos tristes, confortándonos cuando estemos desalentados, animándonos cuando estemos temerosos, iluminándonos cuando estemos en duda, aconsejándonos cuando nos estemos desviando del camino.

Así es como se anda con Dios. Así es como se es perfecto, justo y bueno. Oír la voz del Espíritu de Dios, que nos habla la mayoría de veces a través de aquello que llamamos conciencia, es la forma de prendernos del brazo poderoso de Cristo y andar con él.

Hablemos ahora de algo muy delicado: El pecado contra el Espíritu. ¿Oíste ya hablar de él? ¿En qué consiste el pecado contra el Espíritu Santo? Una de las doctrinas maravillosas de la Biblia es la doctrina del perdón. Cristo murió por nosotros y con su muerte pagó el precio de nuestros pecados. Si caemos a sus pies y lo reconocemos como nuestro **Salvador**, él borra nuestras transgresiones. No importa el tipo de vida que hayamos vivido en el pasado. No importa cuán bajo hayamos caído en el pecado. La Palabra de Dios dice que "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados". (1 San Juan 1:9)

Pero hay un pecado que, según la Biblia, no tiene perdón. (San Mateo 12:34) ¿En qué consiste el pecado contra el Espíritu Santo? ¿Cuál es la razón por la que Dios no lo perdona? ¿Cómo puede alguien saber si llegó a cometer ese terrible pecado?

Vamos a ilustrar este asunto en forma práctica. Luis es un joven que nació en la Iglesia. Es un miembro que participa, activo, dedicado. Como todo joven, Luis tiene amigos en la universidad. Un día los amigos lo invitan a una fiesta de cumpleaños que se celebrará en ocasión de una festividad religiosa. La primera respuesta de Luis es "no". Pero los días pasan y los amigos insiste: "No tiene nada de malo. Es tan sólo una fiesta de cumpleaños". Lo peor de todo es que entre los amigos que insisten está la joven que le gusta a Luis. Finalmente llega el día de la fiesta. Luis va por la mañana a la Iglesia. A la tarde, después del almuerzo, siente con más intensidad la lucha de las dos voces en el corazón. Una de ellas le dice: "Vete", la otra: "No vayas". Luis no sabe qué hacer. En eses momento suena el teléfono. Es la joven de la cual hablamos.

"Hola, Luis. Vas al cumpleaños, ¿verdad? No me vas a dejar ir sola, ¿no?"

Luis se dirige al lugar del encuentro. En el trayecto siente una voz que le habla muy fuerte al corazón: "Luis, no puedes hacer eso, hoy no es para eso. Este es un día dedicado al Señor. Donde realmente tienes que estar es en la reunión de los jóvenes". Pero Luis continúa adelante. La voz no lo deja. Casi lo atormenta, es insoportable. Esa voz es la voz del Espíritu Santo hablando al corazón.

Finalmente, Luis llega al lugar de la fiesta. Hay mucha alegría y música para todos, menos para él. La voz continúa, hablando y hablando. Él se siente mal y no logra quedar allí mucho tiempo. Vuelve a su casa corriendo. Se echa en la cama y llora. La voz continúa: "¿Por qué Luis? ¿Por qué? Lastimaste el corazón de tu amigo". Luis promete no hacer nunca más eso.

El tiempo pasa. Otro día los amigos aparecen y lo invitan a un picnic en ocasión de otra festividad religiosa. Nuevamente la lucha comienza en su corazón. Hay una voz que le dice: "Puedes ir, Luis. Tú ya fuiste una vez". Otra voz le dice: "Luis, por favor, acuérdate de cuán triste fue la vez anterior". Esta última voz es la del Espíritu Santo, pero Luis trata de silenciarla y no oírla.

En el ómnibus, mientras se dirige al picnic, la voz continúa hablando: "Luis, hoy debería estar en la Iglesia". Pero Luis trata de distraerse para no escucharla. Allá en el picnic, los muchachos y chicas tocan la guitarra, cantan, juegan, y después comienza la música, el baile, la cerveza. Luis no llega a tanto. Por lo menos esta vez, no bebe cerveza.

Pero la vida continúa y los picnics, las fiestas y las salidas en los días dedicados al culto y a la adoración a Dios se repiten con mayor frecuencia. La voz del Espíritu Santo continúa hablándole, suplicándole, aconsejándole, y Luis siempre continúa tratando de olvidarla, distrayéndose para no oírla. De lo que no se da cuenta es que la voz lentamente, con el correr de los días se va silenciando.... silenciando.... silenciando... hasta que un día no le habla más.

Cada vez que aparecía una nueva invitación, Luis iba con mayor facilidad. La voz le hablaba cada vez más bajito. Ahora Luis no solamente va, sino que participa de todo: baila, fuma, bebe. Ya no hay nada que lo intimida, ya no hay nada que le duela. Y ya no espera una nueva invitación, sino que busca las invitaciones. Los principios y las normas ya no existen para él.

Ya no existe más su "amigo Jesús". Ni existe más la Iglesia. Comienza a justificar sus actitudes. Piensa que todo el mundo está equivocado. que la Iglesia es muy rígida y fanática, que todo depende de la cabeza de cada uno, y así comienza a defender el error.

¿Dónde está la voz que le habló tan fuertemente a su corazón al punto de empujarlo a abandonar la reunión y correa a la cama y llorar en aquella primera ocasión cuando los colegas de la universidad lo invitaron a una fiesta de cumpleaños? ¿Dónde está aquella voz del Espíritu Santo que tantas otras veces le habló, le suplicó y le imploró?

Nuestro corazón, mi querido amigo, es como la palma de la mano. Si no estás acostumbrado a trabajos pesados y un día tomas una azada (azadón), la mano comienza a dolerte. Si suspendes esa actividad, la piel continuará siempre suave y sensible. Pero, si a pesar del dolor continúas, aparecerá una ampolla, la ampolla se reventará y con el tiempo, poco a poco, irá formando una piel gruesa que conocemos con el nombre de callo. Es una especie de cuero duro e insensible. Nunca más sentirás dolor.

El dolor que sentimos en el corazón cuando comenzamos a recorrer caminos equivocados es la voz del Espíritu Santo. Pero si no le hacemos caso, el dolor irá disminuyendo poco a poco hasta que quedamos con el corazón encallecido. Entonces ya no hay más dolor. No hay más sensibilidad. Esto es lo que la Biblia llama el pecado contra el Espíritu Santo.

¿Y por qué no puede Dios perdonar ese pecado? ¿Será quizá porque lo ofendimos tanto que él ya no quiere saber nada más de nosotros? No. No es por eso. El amor de Dios es una mor infinito, misterioso e incomprensible. A pesar de nuestros errores, de nuestra obstinación, de nuestra rebeldía contra la voz de su Espíritu, él nos continúa amando. Pero, ¿por qué no perdona entonces el pecado contra el Espíritu Santo? No porque no lo quiera perdonar, sino que porque el ser humano que llegó a cometer esos pecado ya no siente que es pecador. Le parece que todo está bien para él. No hay nada ya que le duela. Nada que lo afecte. Ya no siente la voz de Dios suplicando a su corazón. En consecuencia, vive anestesiado en su

pecado. No necesita arrepentirse. ¿Para qué? Piensa que no ha pecado. Ya no pide perdón, porque no siente necesidad de él. Y Dios no puede obligar al ser humano a aceptar el perdón. El pecado contra el Espíritu Santo es imperdonable. No porque Dios no lo quiera perdonar, sino porque el hombre no acepta su perdón.

Talvez estés pensando en este momento: ¿Habré alguna vez ofendido al Espíritu Santo de Dios? ¿No será que muchas veces, cuando una voz me llamaba, continué haciendo las cosas equivocadas? ¿Qué debe hacer si me estoy distanciando de la voz de Dios? ¿Qué hacer si hoy, por no haber prestado oído tantas veces a la voz del Espíritu, ella ya no me habla al corazón con la misma intensidad con que me hablaba antes?

Cuando era misionero entre los indios Campas, en la región amazónica peruana, viví una experiencia que me enseñó una gran lección. Debía pasar aquella noche en el bosque y decidí hacer una fogata. El fuego es vida para el indio. Con él prepara sus alimentos durante el día, y a la noche le da luz, protección y calor.

"Pastor-me habían dicho los indios-, si alguna vez tiene que pasar la noche en la selva, haga una fogata. El fuego lo calentará y ahuyentará los animales y los insectos nocturnos".

Al acordarme de eso, busqué leña seca y preparé la fogata del cazador que sirve para cocinar y proveer luz y calor. Había aprendido todo eso en las clases de líder juvenil. Busqué los fósforos en mi mochila y, para sorpresa mía, la caja estaba completamente húmeda. Los palitos se fueron acabando uno a uno sin conseguir nada más que algunas chispas. Quedé asustado. Me quedaban solamente cinco o seis fósforos y si no conseguía prenderlos tendría que pasar la noche en medio de la oscuridad de una selva desconocida. Temblé con sólo pensarlo. Sabía lo que eso

significaba. Traté de acordarme de todo lo que había aprendido en la especialidad de fuegos y fogatas. Busqué un nido de pájaro abandonado. Los nidos de pájaros generalmente tienen material que se enciende fácilmente. Lo rodeé con pequeños palitos y hojas secas. ¡Listo! Estaba en la recta final. Utilicé dos fósforos más. La chispa brotó y desapareció como las otras veces. Me saqué la camisa y la coloqué a un lado para evitar la corriente de aire.

"Ahora sí-pensé-, tiene que ser ahora"

Pero sólo obtuve una chispa. Casi corrí tras ella, soplando levemente para ver si recobraba la vida. Nada.

"¡Ahora o nunca!" Temblaba. Y oré al Señor.

La chispa brotó al frotar un palito más y corrió exactamente en medio del material inflamable del nido. Soplé. La pequeña centella se hizo mayor. Coloqué un poco de paja. Continué soplando. Una hojita seca. Otra hojita más. Pronto apareció el fuego. Pequeñito al principio. Continué soplando. Otra hoja seca más. Otra ramita. Una ramita mayor. Otra hoja y en poco tiempo el fuego estaba en su plenitud. Estaba salvado. Gracias a Dios no pasaría la noche en la oscuridad y en el frío. Tenía luz. Tenía calor. Tenía fuego. Estaba salvado.

¿Ves? A veces, por esas cosas que la vida tiene, nos vamos distanciando de Dios, nos vamos lentamente hacia una tierra distante. Lejos del Padre, lejos de la iglesia, lejos de los hermanos, lejos hasta de nosotros mismos. Allá en la tierra de la angustia, de la desesperación, de la soledad, quedamos solos, perdidos y tristes. Y clamamos en nuestro corazón: "¿Hay esperanza para mí?" El Señor Jesús responde: "Sí, querido hijo, la hay. Yo nunca te dejé de amar,

mi Espíritu siempre estuvo contigo. Ven, ahora, a a mis brazos de amor".

En este momento es posible que la voz de Dios esté ardiendo en tu corazón como una gran fogata. Si es así, agrádecele al Padre y continúa siendo iluminado y dirigido por el Espíritu. Es también posible que la voz de Dios haya llegado a ser tan sólo un pequeño fuego en tu vida. Por favor, no dejes que ese fuego se apague. ¿Pero qué sucederá si la voz del Espíritu en tu vida es apenas una pequeña chispa? Por favor, aférrate a ella desesperadamente. No permitas que desaparezca. Obedécela, déjate guiar por ella, escúchala. Al principio no será más que una chispa, pero luego se transformará en fuego, y si continúas oyéndola y obedeciéndola, se transformará en una gran hoguera de vida.

El fuego del Espíritu es nuestra garantía de victoria. Él terminará en nuestra vida la obra redentora de Cristo. Ser llenos del Espíritu es dejarnos guiar por su voz, seguir su consejo, obedecer sus orientaciones. ¿Estamos dispuestos a hacerlo?



JESÚS,

fuerza para vencer:

La verdadera fuente de poder.

Conocer a Jesús es todo.

La pregunta del joven rico: "¿Qué haré para tener la vida eterna?", es la pregunta que palpita en el corazón de la humanidad. El hombre fue creado para vivir. Lo que más quiere es vivir. La vida puede ser la más miserable de las vidas, pero cuando llega la hora de la muerte el hombre se aferra desesperadamente a la vida. La muerte es un intruso en la experiencia humana y por eso no es aceptada. El mayor deseo del hombre es vivir. Para tener vida el hombre es capaz de hacer cualquier cosa, pagar cualquier precio, realizar cualquier sacrificio. "¿Qué haré para tener la vida eterna?", es el grito desesperado del corazón humano. La respuesta de Cristo es sencilla: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". 1

¿Te das cuenta? El secreto de la vida eterna no consiste apenas en el conocimiento de un cuerpo de doctrinas o en la aceptación de una determinada iglesia, aunque ambas cosas son importantes y necesarias. El verdadero secreto consiste en el conocimiento de una persona: la persona maravillosa de Jesucristo. El verdadero cristianismo es la relación de dos personas: El ser humano y Cristo. Lo primero y más importante en nuestra experiencia espiritual no es QUÉ creemos, sino en QUIÉN creemos.

La razón para creer que el verdadero cristianismo es una relación personal entre Cristo y el hombre, surge del hecho de que la justicia y el pecado sólo pueden existir entre personas. Una estrella, un gato, una mesa o una piedra no pueden pecar ni ser justos. Solamente las personas pecan. Por esto el pecado es más que la violación de la Ley, es la interrupción de la relación de amor entre Cristo y el ser humano. Esa es la verdadera desgracia del pecado. Cuando peco, estoy lastimando a mi Jesús, hiriéndome a mí mismo y produciendo separación entre ambos.

La maldad del pecado del Edén consistió en algo más profundo que el simple hecho de comer el fruto prohibido. Su verdadera dimensión la vemos en el hecho de que Adán se escondió de Dios. Esto es, precisamente, lo peor del pecado. El ser humano que antes corría y se arrojaba a los brazos del Padre amante, después de pecar se escondió de miedo y le causó un profundo sufrimiento al corazón de Dios. ¿Estaba el Padre triste solamente porque alguien había quebrantado la ley? ¿O estaba sufriendo debido a la separación?

Esto nos lleva a la conclusión de que la salvación, la vida eterna, consiste en una reconciliación, o una nueva relación personal con el Señor de la salvación. Somos salvos cuando creemos en Jesús, cuando amamos la persona de Jesús, no cuando solamente amamos su nombre, sus doctrinas o su iglesia.

No podemos, sin embargo, amar a una persona sin conocerla. Por eso el enemigo hará todo lo posible para distanciarnos más y más de Dios o, por el contrario, para acercarnos a través de una concepción equivocada del Padre. El enemigo no quiere que conozcamos a Jesús, o, en la peor de las hipótesis, quiere que lo conozcamos como un Dios tirano, dictador, preocupado más por sus normas que por sus hijos. Esa imagen de Dios no inspira

amor, inspira miedo; no inspira deseos de servirle, produce la obligación de servirle. Y la consecuencia es una religión triste, un cristianismo formal. Es el miedo al castigo lo que nos lleva a obedecer. Y el enemigo queda feliz con eso. Consiguió lo que quería. Si no consiguió apartarnos del Padre, al menos nos acercó a él con motivaciones equivocadas.

Conocer a Jesús es todo, ¿sabes por qué? Porque al conocerlo tal como en la realidad es, al conocer lo que hizo por nosotros en la cruz del Calvario, al saber cuánto nos amó y nos ama a pesar de nuestras actitudes o de nuestra rebeldía, no podremos hacer otra cosa sino apasionarnos por él, amarlo con todas las fuerzas de nuestro ser. Y porque lo amamos, desharemos ser como él es, vivir como él quiere, ver siempre una sonrisa de felicidad en su rostro. Consecuentemente, dejaremos de hacer todo aquello que lo deja triste y haremos, por el contrario, todo aquello que lo deja feliz.

Conocer a Jesús es todo porque la salvación no proviene del esfuerzo humano, es un regalo de Dios, y ese regalo es la persona de Jesucristo. La salvación no viene de Jesucristo. La salvación es Jesucristo. Aceptar la salvación es aceptar a Jesucristo. Conocer a Jesús es tener la salvación y, por tanto, tener la vida eterna.

Cuando San Juan habla de "conocer a Jesús", no está hablando tan sólo de un conocimiento teórico. Juan vivía en una época en que predominaba el pensamiento helenístico. Los griegos endiosaban el conocimiento teórico. Antes de que un griego dijera que conocía una flor, iba primero a la biblioteca, estudiaba todo lo que las enciclopedias y libros decían sobre ella, y entonces afirmaba: "Conozco esa flor". Juan, no. Antes de que dijera que la conocía, además de leer lo que los libros decían sobre ella, tenía que ir al campo, verla, tocarla, sentir en sus manos su belleza, olerla, acariciarla, y entonces podía decir: "Conozco esa flor".

Conocer, para los griegos que vivían en el tiempo de Juan, era acumular conocimientos teóricos. Conocer, para el discípulo amado, era una experiencia de vida. El conocimiento teórico puede funcionar mientras las cosas andan bien. Pero en cambio, el experimental es la única solución para los momentos de crisis.

La mayoría de los discípulos se limitaban a oír las palabras de Jesús, Juan iba más allá: Se acercaba al Maestro y reclinaba la cabeza sobre el corazón de Jesús. La diferencia se reveló cuando llegó la crisis. Cuando los judíos prendieron a Jesús y lo llevaron al Calvario, todo el mundo lo abandonó. El único que permaneció cerca fue aquél que no se había contentado con solamente oírlo, ni en apenas saber acerca de él, sino que había tratado de tener un conocimiento experimental. (San Juan 19: 26, 27).

"Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". (San Juan 17:3) Tan simple como una flor, como un niño, como una sonrisa, como todas las cosas de Dios. Los seres humanos somos los que a veces complicamos las cosas. Las hacemos difíciles y les robamos la belleza natural.

Este librito, mi querido lector, pretendió de manera sencilla presentarte todo el proceso de la conversión y de la vida cristiana. Los teólogos le dan los siguientes nombres: Justificación, justicia imputada, justicia impartida o comunicada, santificación y glorificación.

"Pero yo no encontré esas palabras a lo largo de la lectura", estarás seguramente preguntándote. Y tienes razón. No las mencioné ni siquiera una vez. Tú ya las oíste otras veces en tu vida,

aunque el sólo oírlos no te ayudó mucho en la práctica. Yo quise mostrarte esos asuntos de una manera diferente.

En el primer capítulo, por ejemplo, mencioné la historia del joven rico. Triste ejemplo del hombre que busca justicia por sus propios esfuerzos. El resultado es una vida vacía y sin sentido. Mi experiencia propia, cuando era joven, era muy semejante a la del joven rico. En el capítulo tres intenté explicarte de la manera más sencilla posible el profundo tema del perdón, de la expiación y de la justificación. Lo que Cristo hizo por nosotros en la cruz no fue tan sólo la liberación de la culpa, sino una sustitución. Alguien pagó por nuestros pecados. Él fue tratado como nosotros merecíamos ser tratado para que nosotros pudiésemos ser tratados como él merece. Él ocupó nuestro lugar. Ahora nosotros podemos ocupar el suyo. Él nos ofrece sus méritos, sus obras, su justicia, toma sobre sí nuestros pecados y paga el precio de los mismos en la cruz. Al verlo pender de la cruz nos sentimos atraídos por él. Somos reconciliados por él, y por él somos justificados y recibimos una nueva naturaleza. Esto es lo que llamamos justicia imputada.

Pero, ¿por qué después de justificados y reconciliados continuamos teniendo deseos de pecar? Ahí aparece el asunto de las dos naturalezas. Tenemos que alimentar la naturaleza de Cristo a través de la oración, del estudio de la Biblia y del trabajo de la testificación, y tenemos que matar de hambre a la naturaleza mala. En otras palabras, tenemos que andar con Dios, tal como Enoc, Noé, Abrahán y David, en una relación de amor. Esto es lo que llamamos santificación. La lucha, sin embargo, continuará hasta la vuelta de Cristo. Solo entonces sucederá el otro milagro: Dios arrancará nuestra naturaleza pecaminosa para siempre y la arrojará afuera. Esto es lo que llamamos glorificación. Entonces la lucha habrá acabado.

Pero mientras Cristo no regrese, la caminata continuará y en esa experiencia el Señor Jesús nos asiste cada día con la presencia de su Santo Espíritu, dándonos su justicia permanente. Esto es lo que llamamos justicia impartida o comunicada.

Como ves, en este librito no estuve preocupado tanto con la terminología, sino con el hecho de llegar a ser comprendido por ti. Traté de mostrarte asuntos prácticos en vez de hablar de conceptos teóricos. En vez de tratar del QUÉ, me preocupé de mostrarte el CÓMO. Nada de esto, sin embargo, tiene valor sin el maravilloso QUIEN. Él es el personaje central de este libro y él tendrá que ser el personaje central de nuestra vida si queremos vivir una experiencia cristiana exitosa y feliz.

Nunca podré olvidar la emoción que me produjo la lectura de un incidente ocurrido en los Estados Unidos:

Treinta y seis niños estaban acorralados en el corazón de Chicago, en una sala de clases en el primer piso de una escuela que estaba en llamas. Todos los que pudieron salir ya habían salido. Las escaleras ya habían sido invadidas por las llamas y el humo. Las salidas de emergencia estaban trabadas. No había otra salida. Treinta y seis niños asustados estaban pegados a los vidrios de las ventanas. Los bomberos todavía no habían llegado. No había policías por allí cerca. El rescate parecía imposible.

Mark Spencer vivía a dos cuadras, calle abajo. Cuando vio el fuego, corrió a la escuela. Su misión, en aquella mañana, no era una misión de rutina como la de un policía o un bombero. Mark fue impulsado por otro sentimiento. Al llegar al lugar les gritó a los niños que rompiesen los vidrios. Los pedazos de vidrio cayeron al suelo.

Mark era un hombre alto, musculoso y fuerte. Todos podían ver el brillo de confianza en sus ojos, la seguridad de sus brazos y el amor en su voz cuando a los gritos les dijo a los niños: "Salten, que yo los recogeré". Uno a uno aquellos niñitos comenzaron a saltar. Los poderosos brazos de Mark los recogía y depositaba en el suelo. Finalmente todos estaban a salvo. Quiero decir, todos menos uno. El pequeño Mike miraba hacia abajo y daba un paso atrás con miedo. Mark, le gritó, suplicó, pidió y ordenó: "Salta, nada te va a suceder, yo te voy a recibir".

La profesora de Mike gritó: "Salta, Mike, salta". Sus compañeros (35 de ellos) gritaron: "Salta, Mike, salta. Nosotros pudimos saltar, tú también vas a poder".

El chico quedó allí helado de miedo. Al día siguiente encontraron su cuerpecito carbonizado. Era el cuerpo de Mike, hijo de Mark Spencer.

¿Qué fue lo que sucedió? ¿Qué es lo que salió mal? No lo sabemos. Nunca nadie lo sabrá, mucho menos Mark Spencer. Él era un padre amoroso. Le había dado a su hijo todo lo que el chico necesitaba, había jugado con él, le había dado cariño, había dividido con él parte de su corazón. En el momento en que la vida de Mike estaba en el péndulo, entre la esperanza y el desastre, entre el triunfo y la tragedia, entre la vida y la muerte, Mark estaba allí con los brazos abiertos, pidiendo, suplicando, implorando, llorando para que el hijo saltase no al frío, cruel y asesino cemento de la calle, sino a sus seguros, confortables y cariñosos brazos de padre amante.

Pero alguna cosa falló, y Mike murió. ¿Seremos diferentes? ¿Correremos con alegría a los brazos amantes del Padre maravilloso y andaremos con él en una relación de amor mutuo, o quedaremos helados como el pequeño Mike, con miedo, porque las llamas del

formalismo nos llevan a ver la imagen distorsionada de un Dios tirano, cruel y justiciero?.

*Hay mucha gente amable en este mundo,
que quiere colaborar de alguna forma.
Anhela dar la vida por otros,
y amar a quien precisa de atención.*

*Pero, ¿cómo podremos amar a los hombres,
si todavía no sabemos amar a Jesús?
Y, ¿cómo amaremos a quien nos ama,
si no lo conocemos allá en la cruz?*

*Conocer a Jesús
es todo lo que necesito conocer.
Entender el amor
es todo lo que preciso comprender,
para tener poder al vivir.*

(Himno Conocer a Jesús. Letra y música de Williams Costa Jr.)

PARA PEDIR MÁS LIBROS Y MATERIALES EN AUDIO Y VIDEO POR FAVOR COMUNICARSE AL CORREO ELECTRÓNICO: byrontareasgalileo@gmail.com



TODO SER HUMANO fue creado para vivir. La vida puede ser la más miserable de las vidas, pero cuando llega la hora de la muerte, la gente se aferra desesperadamente a la vida. Para tener vida un ser humano es capaz de cualquier cosa, pagar cualquier precio, realizar cualquier sacrificio.

Por lo tanto, el grito desesperado del corazón humano es: “¿Qué puedo hacer para vivir eternamente?”

CONOCER A JESUS ES TODO, acepta el desafío y responde de una manera singular: En vez de tratar el QUÉ, nos muestra el CÓMO. Pero mejor aún, nos revela al QUIÉN, la persona que hace posible lo que tanto anhelamos: vivir en plenitud y triunfar sobre la muerte.

El autor, de dilatada experiencia en el campo de la atención psicológica, ha escrito este libro pensando en quienes padecen los dramas de la existencia humana y, especialmente, en los jóvenes, tan perplejos ante las crisis de estos últimos tiempos.

¡Léalo! Es la obra que usted necesita y esperaba.